

BIBLIOTECA
ESMERALDA



LA
DE
UN HÉROE
DE JEPANTO.



Premio de los exámenes.

DG
C574

+ 1135146
C.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

BIBLIOTECA ESMERALDA

II

**LA HIJA
DE UN HÉROE DE LEPANTO**

PERE GIL
Travesera de Gracia, 238 prel. 4^ª
BARCELONA

ES PROPIEDAD





La batalla

LA HIJA
DE UN
HÉROE DE LEPANTO

NOVELA HISTÓRICA DEL SIGLO XVI

CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA



BARCELONA
IMPRESA Y LIBRERÍA DE MONTSERRAT
43, FERNANDO VII, 43
1910



PRÓLOGO

El mahometismo fué, durante el largo transcurso de muchos siglos, el enemigo más formidable del Cristianismo y á la vez de la civilización, por la íntima é inseparable unión de estos dos grandes elementos; y en cualquier parte que eche sus raíces el primero, siquiera fuese en las regiones inhospitalarias de los esquimales, no se pasará mucho tiempo sin hacerse conocer la segunda. Esta estrecha unión, como efecto de una causa, es tan verdadera y tenaz, que en nuestros días vemos á algunos pueblos conservar un resto de civilización solo porque en otro tiempo floreció entre ellos el Cristianismo y les comunicó su espíritu, sus costumbres y sus leyes.

Ya desde el siglo VIII temblaba la Europa al contemplar los rápidos progresos del Islamismo, y nuestra España é Italia habían caído en gran parte bajo los golpes de aquella espada conquistadora, que parecía destinada por la Providencia á sujetar el universo.

No faltaron hombres poderosos en ingenio y en armas que levantaron un dique contra el torrente devastador, desbarataron más de una vez las huestes agarenas y las expulsaron al fin de los reinos invadidos. El inmortal Pelayo

levantó en Covadonga el glorioso estandarte que tras siete siglos de victorias contadas por los combates debía reivindicar para los reyes católicos nuestros católicos pueblos. Carlos Martel transmitió su genio guerrero á Carlo-Magno, y este héroe, digno en verdad del nombre que lleva, confió el sagrado depósito de la civilización europea á otro personaje, cuyo poder había consolidado con su piedad: á uno que no debía venir á menos en el largo curso de los siglos: siempre débil y siempre invencible, grande no menos en el esplendor del trono que en la oscuridad del destierro, fuerte por la misma fortaleza de Dios, padre y pastor, Pontífice y Rey.

Los Papas fueron siempre los más vigilantes centinelas de la civilización amenazada: «y desde el siglo IX, cuando el ejército turco amenazaba la destrucción de Italia y hacer de la capital del Cristianismo un arrabal mahometano, el Pontífice S. León IV, recogiendo aquel poder que los generales del emperador Lotario parecían abandonar, mostróse digno de mandar como Rey en aquella Roma que con tanto valor había sabido defender... Era romano, y en una época de molicie y corrupción hizo revivir el denuedo de los primitivos tiempos de la república.

Ellos fueron los primeros en conocer que con tal raza de enemigos no se debían limitar á defenderse de sus ataques; sino que para asegurar el Cristianismo y la civilización europea convenía hacerles santa y ruda guerra. De aquí la gigantesca idea de las cruzadas, cuya gloria si en buen derecho pertenece á

los Papas que las concibieron y realizaron, es por otra parte un error querer deprimir aquel arroyo denodado de la edad media, llamándolo *fanatismo religioso*. «Sin estas santas guerras todo el género humano yacería aún hoy día en la esclavitud y en la barbarie»: y para convencerse que estas palabras de la *Quarterly Review* no son enfáticas, basta fijar la atención en el espíritu de conquista que inflamaba el Mahometismo, y en el grado de civilización á que ha sido capaz de llegar éste después de tantos siglos de poderío y de gloria, testigo como fué de nuestros progresos en las artes, en las letras, en las ciencias, y mucho más de nuestro Evangelio.

Ni en los tiempos posteriores menguó en los Papas la santidad de su misión. Gran parte le cupo á Inocencio XI en la prodigiosa derrota de Mustafá Carrá, cuando en 1683 atravesando la Hungría y las llanuras del Austria se presentó bajo los muros de Viena con un ejército de cerca 300,000 combatientes, pues los historiadores hacen notar que la liga que debía proporcionar la victoria fué pactada entre el Emperador de Austria y el Rey de Polonia por obra del soberano Pontífice; y el esforzado Juan Sobieski creyó que no podía disfrutar con satisfacción del triunfo obtenido sin enviar en ofrenda al Santo Padre el estandarte mayor arrebatado de la tienda de Mustafá. En Roma se celebraron con mucha esplendidez las fiestas y acciones de gracias á Dios, pues allá es donde encuentran un eco más fuerte los supremos intereses del Catolicismo y de la civilización.

Un nombre hay querido, que sale reverenciado y bendecido de los labios de tantos millones de católicos y grato resuena en los corazones de todos: un nombre que jamás se le vió separado de los grandes consuelos, porque siempre fué invocado con confianza en los grandes apuros del pueblo cristiano: y este nombre se enlaza aquí espontáneamente con el grato recuerdo de aquel solemne suceso. Este nombre es *María*.

La derrota de los turcos acaeció en la octava de la Natividad de la Virgen, é Inocencio XI, en señal de gratitud á aquella á quien la Iglesia canta destructora de todas las herejías, salud y consuelo del pueblo cristiano, instituyó la fiesta de aquel nombre santísimo para que se celebrase en todo el orbe católico el domingo dentro la octava.

Hoy día nada hay que temer del Imperio otomano, y el Papado continuará su obra civilizadora á despecho de otros enemigos, que con demasiada ligereza han olvidado al que nos ha dado la civilización europea.



LA HIJA DE UN HÉROE DE LEPANTO

CAPÍTULO PRIMERO

La batalla

Nunca quizás, en opinión de los hombres, corriera el catolicismo tan grave riesgo como á últimos del siglo XVI, cuando en las regiones septentrionales vióse agitado por las oleadas de la herejía, y en las meridionales por el islamismo, que de nuevo ordenaba sus huestes salvajes para lanzarlas á la conquista de los países más hermosos, más deliciosos y más fieles de Europa. Regía el timón de la nave de Pedro un anciano encorvado no tanto bajo el peso de los años, cuanto por el rigor de las austeridades, y á quien los descendientes agradecidos canonizaron con el nombre de S. Pío V. A vista de la tempestad que se cernía sobre la cabeza de la amenazada cristiandad, desplegó el lábaro santo, convocando á los pueblos y á los reyes á estrecharse á su alrededor para la salvación común; pero casi ninguno respondió á la invitación de su voz.

La Francia, antigua hija de la Iglesia, no pudo enviar su aguerrida nobleza, por ha-

llarse entonces despedazada por discordias civiles y dividida en bandos religiosos. La Inglaterra jamás desplegó una vela para correr en socorro de la amenazada Cristiandad. La isla de los santos se había convertido en refugio de apóstatas, y la hija ilegítima de Enrique VIII ocupaba el trono de Eduardo el Confesor y de Ricardo Corazón de León. La católica España luchaba contra los acérrimos enemigos que el cisma religioso le suscitaba en su seno. Mientras de día en día iba agravándose el peligro, las importantes islas del Mediterráneo eran el blanco de la codicia musulmana y el centro de sus piraterías. Chipre, isla fecunda y hermosa, se había abandonado á la feroz discreción del vencedor: su capital había sido destruída, sus soldados pasados á cuchillo, sus vírgenes aherrojadas. La Europa contempló atónita el infausto anuncio de tantas desgracias. El Sultán Selim y sus visires rebosaban de contento, al ver el Occidente despedazado por las intestinas discordias. Venecia, el antiguo rayo de los Musulmanes, extenuada por la guerra y el hambre: el último vástago de los Jagelones, Segismundo, olvidando las antiguas tradiciones de su prosapia, dormía tranquilo en medio de la molicie y de los placeres. Todo parecía secundar sus planes. Un solo hombre, un anciano, levantando su mano, detuvo aquellas amenazadoras olas y les dijo: «de aquí no pasaréis».

Oprimido de dolor al ver los progresos de la media-luna, lastimado por la mortal indiferencia en que yacían sepultados pueblos y príncipes, Pío V levantó su voz, mandó, su-

plicó y consiguió formar una santa liga contra el poder otomano. Muchos más fueron por cierto los guerreros que siguieron á Godofredo de Bullón en el rescate del Santo Sepulcro, pero el ejército reunido por Pío, aunque débil en número, no se sintió menos animado por el vigor divino que en otro tiempo aterró á Antíoco bajo los golpes de los Macabeos.

El santo Pontífice se adelantó con su ejemplo y aprestó doce galeras, cuyo mando confirió al ilustre Marco Antonio Colonna. Pedro del Monte, gran Maestro de la orden de Malta, dió tres galeras y cuatro del Duque de Saboya. Vaniero capitaneaba la flota veneciana. Don Juan de Austria era el jefe de las fuerzas españolas y asumió el mando de toda la armada.

A los 2 de Junio de 1571 Colonna recibió el estandarte pontificio y á los 15 de Septiembre del mismo año levó áncoras en medio de los vivos rayos de un sol hermoso y de las aclamaciones de una apiñada multitud que lo acompañaba con sus votos y bendiciones. Ya era tiempo. Corcira, Zante, Candía, Cefalonia y Cerigo habían sucumbido; y los turcos, enorgullecidos y arrogantes por los nuevos triunfos, no podían imaginarse la llegada de los cristianos. En esto las armadas se acercaban y la lucha entre la barbarie y la civilización, la superstición y la fe iba á trabarse otra vez en aquellos mismos lugares en que tantas veces se habían decidido los destinos del universo. Las aguas que surcaban las escuadras enemigas servían nuevamente de teatro á uno de aquellos conflictos en que van comprometidos los más grandes intereses, é

iban á ser testigos de unos sucesos que han sido la admiración del mundo.

El combate tuvo lugar en el golfo de Lepanto á la altura de las islas Cursolares, cerca del fuerte de Leucadia, en el cabo de Asia, donde Octavio en otro tiempo arrebatava el Imperio del mundo de las manos de su poderoso enemigo. Parecía que por aquellos alrededores se levantaban recuerdos imperecederos para servir de estímulo á aquella lucha, en la cual se veían, no á dos tiranos ambicionando la púrpura, sino á dos religiones disputándose la palma, la una fuente de la verdad, la otra hija del error y madre de la esclavitud y de la barbarie.

El joven almirante Don Juan, entreteniendo al enemigo, reunió su flota y mandó enarbolar el estandarte regalado por el Santo Padre. Mil gritos de entusiasmo saludaron entonces la imagen de Jesucristo desplegada majestuosamente al viento, y Don Juan, después de haber recorrido sus tropas, al llegar á la capitana, se arrodilló ante aquella santa bandera, y con sus ruegos imploró el auxilio de Dios sobre aquel ejército reunido en su santo nombre. En aquel instante, el viento que hasta entonces había sido propicio á los turcos, sopló favorable á los Cristianos: primer auxilio de la fortuna, ó mejor de la Providencia, con lo que se inflamaron los corazones de nuevo coraje y de más vivo ardor.

Halí-Pachá quiso tener el honor de abrir la lucha y dió orden de disparar una gran pieza de artillería, y Don Juan le respondió con un disparo desde la capitana. La gritería

de los turcos en medio del ruido de los tambores atronaba los aires, y la flota otomana atacó las galeras de Malta que tenía alineadas enfrente. Pronto se generalizó la lucha: el humo, como una densa niebla, envolvió en su seno aquel gigantesco ataque, y en medio de aquellas guerreras tinieblas, las dos flotas se entregaron á una lucha furiosa. Convencidos los Cristianos de la justicia de su causa, parecía que nada temían; ni la muerte que venía en alas del rayo ni á la que encontraban en los profundos abismos del mar: nada era capaz de arredrarlos, y hallándose ya más cercanos á los infieles, empezaron á molestarlos con el fuego de fusilería, sin hacer caso de los disparos de artillería. En esto resonó en las naves de los aliados un grito de alegría: Don Juan, queriendo dar el abordaje, había mandado romper las cadenas de los infelices remeros que tenía á bordo de las galeras, y fuertes con la tan suspirada libertad, los poco antes cautivos se arrojaron con indecible ardor sobre las naves enemigas. Acudieron los turcos al mismo medio, pero como sus esclavos estaban mezclados con otros cristianos, éstos, al verse al frente de sus hermanos y contemplando la Cruz enarbolada en la galera de don Juan, empuñaron las armas que les pusieron en las manos para clavarlas en el corazón de sus tiranos. Varias galeras turcas fueron presas por los esfuerzos de esos animosos prisioneros.

Don Juan había atacado la nave mandada por el mismo Halí-Pachá con sus formidables genízaros y la iba dominando con todas sus fuerzas, que crecían á medida que los infieles

aparecían más desmayados. Halí-Pachá cayó muerto de una bala de mosquete, y los españoles, arrancando la enseña de su mando, le pusieron como trofeo sobre la bandera del joven almirante. Colonna apresó la nave en que iban los hijos de Halí y entonces Petauch, almirante otomano muy célebre, prorrumpió en desahorados aullidos, quejándose de la desastrosa suerte que le aguardaba. En efecto, aquella batalla parecía destinada á vengar un siglo de inauditas crueldades cometidas por los otomanos. Ciento y treinta galeras cayeron en poder de los cristianos: noventa fueron ó destruidas ó incendiadas ó sumergidas en las aguas. Murieron en el combate veinticinco mil turcos y cinco mil cayeron prisioneros. Los cristianos también sufrieron graves pérdidas: ocho mil perecieron, entre los cuales se contaban veinte capitanes de las galeras venecianas. Vaniero recibió una herida y el ilustre poeta Miguel Cervantes perdió un brazo. La noche que sobrevino y un tiempo borrascoso, obligaron á desistir de perseguir á los vencidos. La flota fondeó en el puerto vecino y los almirantes se apresuraron á dar noticia á Pío V y á todos los Soberanos de Europa de la victoria conseguida.



CAPÍTULO II

El mensaje

El mismo día, 7 de octubre, en que se dió aquel gran combate, el Santo Padre conversaba con su tesorero Bussoti, tratando, en compañía de muchos prelados, un asunto de mucha importancia. De repente Pío V impuso silencio con la mano y su rostro expresó una emoción interior que pareció llenarlo todo de alegría. Inspirado se levantó en pié y exclamó: «¡Gracias sean dadas á Dios! nuestro ejército ha obtenido la victoria». Apenas hubo pronunciado tales palabras, se arrodilló bañado en lágrimas y rebosando alegría. Este fué el primer eco de la victoria de Lepanto.

Nueve días habían ya transcurrido después de la batalla y ninguna noticia había llegado á Italia, á excepción del celestial aviso con que el Señor quiso glorificar la virtud de Pío V. Venecia aguardaba con marcada impaciencia, cuando un hermoso día de octubre, después que el sol había ya recorrido la mitad de su carrera, una salva de artillería sorprendió á sus habitantes.

Los ciudadanos acudieron presurosos al puerto y divisaron una galera que veloz corta-

ba las espumosas aguas, como si fuese mensajera de una buena nueva. Bien pronto distinguióse la bandera de San Marcos, que un ligero viento desplegaba al aire; pero el entusiasmo se hizo más vivo cuando la nave, adelantándose, mostró á la muchedumbre un estandarte otomano, digno trofeo de la victoria. Al observar á un joven que estaba en el castillo del navío, sus conciudadanos lo saludaron con un grito de ¡Viva Justiniani! entre las repetidas aclamaciones de ¡Viva San Marcos!... ¡Gloria á Venecia!

El mensajero de la victoria tomó tierra, y abrióse paso por entre la apiñada multitud que se le echaba encima. Al llegar al palacio ducal fué recibido en las gradas por el Dux Moncenigo que, oídas sus primeras palabras, lo estrechó afectuosamente en su corazón y se volvió al pueblo gritando: ¡Victoria! ¡Victoria! Luego el Dux acompañado de Justiniani se dirigió á la iglesia patriarcal, para dar gracias al Dios de los ejércitos, y después de una corta pero fervorosa súplica, leyó al pueblo apiñado en la plaza de San Marcos, la carta por medio de la cual el almirante Vaniero daba parte á Venecia del triunfo de los aliados. Entonces se entregó Venecia á un indescriptible transporte de júbilo: los nobles y los senadores estrechaban amigablemente la mano del más oscuro del pueblo: todos se abrazaban mutuamente sin conocerse: los rostros de todos radiaban de gozo y palpitaban fuertemente sus corazones. Justiniani fué acompañado hasta su palacio por el pueblo frenético de alegría y la entrada de su casa estaba de tal suerte atesta-

da de una entusiasta muchedumbre, que su madre, la cual estaba orando al lado de una iglesia cuando el inesperado regreso de su hijo la sorprendió, no podía abrirse paso para llegar á él. Sus lágrimas y ruegos por fin lo lograron, y el pueblo, apretando á uno y otro lado, le ofreció respetuosamente libre paso.

Al mismo tiempo salía una joven de la iglesia de Sta. Justina, donde la madre del valiente guerrero de Lepanto había orado por largo rato. Detuvo algún tanto sus pasos en el atrio y recorrió con los ojos aquel inmenso pueblo, que fuera de sí por el guerrero entusiasmo iba repitiendo bajo las ventanas de la casa del joven patricio: ¡Viva!... ¡Viva Justiniani! Vió á la madre y al hijo que se habían asomado al balcón para dar gracias al pueblo: notó la triunfal alegría del joven y la íntima emoción de la madre y entonces dijo para sí: «también mi padre es uno de los vencedores de tan dichoso día... pronto volveré á verle y... disfrutaremos también de igual dicha».

Y levantando al cielo una mirada de confianza, se metió por estrechos y tortuosos callejones que vagamente serpentean por detrás de las casas y que sólo son frecuentados por los que transitan á pie. Los cantos de triunfo resonaban en las aguas de la señora del Adriático y el eco del tripudio popular hacía palpar el corazón de Albina, sobresaltada por la alegría que la embargaba y por una noble y orgullosa ternura que la conmovía. Hija de un militar, la memoria de su padre, que había noblemente contribuido al glorioso suceso de aquella jornada, en medio de la pública ale-

gría, le hacía experimentar un no sé qué de conmovedor y singular; fijaba su pensamiento ora en el padre, uno de los más esforzados guerreros, ora en su madre que rebotaba alegría por tanta victoria y más aun por su tan suspirado regreso. Todo presentaba á sus ojos un bello porvenir de risueñas esperanzas: sueños dorados que una sola palabra podía desvanecer y que en aquel momento olvidaba; palabra que decide de todo lo humano: la muerte.

CAPÍTULO III

La viuda

Albina se dirigió presurosa á su modesta casa situada á lo largo del *Canaletto*, donde vivía con su madre en una habitación de un piso alto. Subía los escalones con alegres brincos propios de una jovencita y oía satisfecha el tañido de las campanas de todas las iglesias que esparcían por el aire sus notas triunfales, y el sonido de las trompetas que retumbaban en el Adriático; cuando fué sorprendida al oír una voz de hombre en el aposento de su madre.

—¿Será tal vez mi padre? se preguntaba á sí misma. ¡Oh sí: él es seguramente, no cabe duda. Justiniani lo habrá conducido en su nave... ¡Oh dicha! Bendito seáis, mi Dios.

Y apartando de su rostro el negro velo que lo cubría, abrió presurosa la puerta y con el

corazón palpitando de gozo se adelantaba, exclamando: Padre mío, querido padre mío... pero detúvose de improviso y desapareció en un instante de su rostro la alegría, como una flor azotada y arrancada por la furia de la tempestad. La voz que había oído no era la de su padre... En pie y junto á la silla de su madre vió á un hombre de uniforme y que parecía ser un oficial de las galeras venecianas, y de sus bruscos modales y acento extranjero dedujo que era un soldado alemán, para el cual el padre de Albina había podido obtener entrar al servicio de la república á bordo de una nave. Sobrecogida del aturdimiento que ordinariamente precede á la desgracia, como el relámpago anuncia de cerca el rayo, la joven, con el semblante pálido y toda trémula, se adelantó; y sus ojos, apartándose de repente del triste aspecto del soldado, se fijaron en su madre... Reclinada sobre el respaldo de la silla, lívida, fría, parecía haber recibido un golpe mortal.

—¡Gran Dios! exclamó Albina: ¡Madre mía! ¿qué ha sucedido? ¿Wilhem, que noticias traes?

—Joven, replicó él con adusto embarazo y mezclando palabras italianas con su idioma nacional, yo no puedo remediarlo... la muerte á nadie respeta... hoy para ti, mañana para mí... Su padre de usted...

—¿Qué?... ¿qué decís? ¡Mi padre!

—¡Cara joven!... y no prosiguió.

—¡Ah! ¿está herido, gravemente herido tal vez? ¡querido padre! ¡mi idolatrado padre!

—¡Ha muerto!, replicó el soldado, y ha

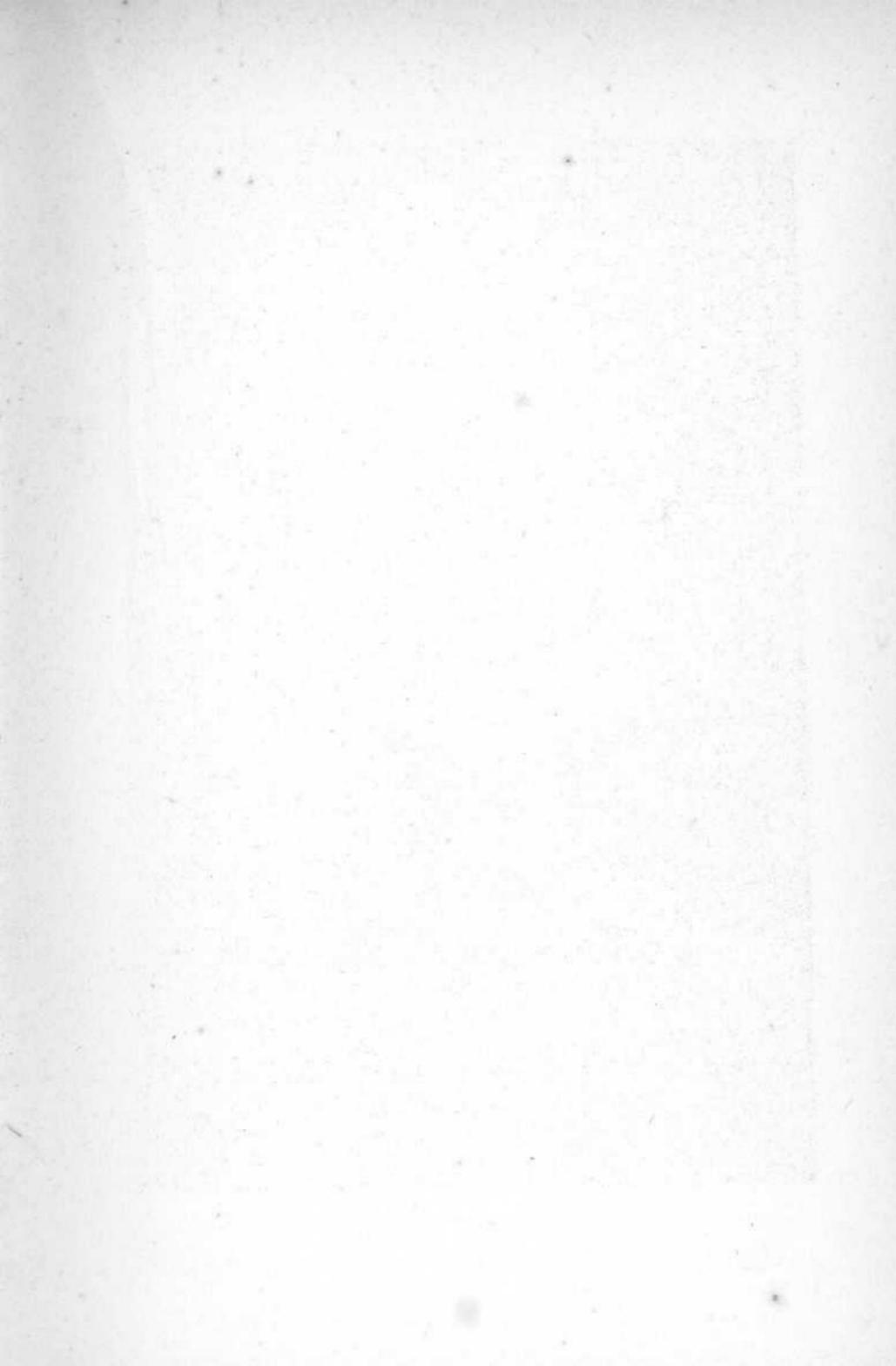
muerto como un valiente. Una bala disparada desde la capitana de Halí lo mató á mi lado. Recibió la muerte del soldado y la sepultura del marinero.

Albina no dijo una palabra: encogiéndose, cayó sobre sus rodillas: echó sus brazos sobre el cuello de su madre é inclinó su cabeza desvanecida en su seno. El soldado, viendo las dos mujeres desmayadas, se conmovió: habían muerto á su lado varios de sus camaradas, sin pestañear; pero ante un sentimiento tan fuerte y verdadero del corazón, no pudo contener las lágrimas.

No sabiendo qué hacerse en tales circunstancias, se dirigió á una puerta del interior, llamó á la sirvienta con su voz áspera y cuando se presentó ésta, le entregó algunos papeles, una bolsa, un puñal con puño de plata y le dijo:

—He aquí cuanto he podido recoger de mi camarada Hochfeldt... decídselo á la señora y á su joven hija... Adiós, debo volver á la galera, pues no quiero que mi capitán me riña.

Partió, y la sirvienta, llamada Zita, acudió solícita á sus amas con poderosos medicamentos. Albina volvió pronto en sí y con los sentidos recobró también el sentimiento de un inmenso dolor. Pero dominando el sufrimiento con la virtud del ánimo, acudió luego á socorrer á su madre que había caído en un profundo deliquio. Dos veces pareció salir de su letargo, dando profundos suspiros y dirigiendo á su alrededor vagas y sombrías miradas; pero luego, como si viese un espantoso fantasma, volvió á caer en más triste abatimiento.





—He aquí cuanto he podido recoger de mi camarada Hochfeldt...

Había ya llegado la noche con sus sombras, y á la débil luz de una bujía colocada en un ángulo del aposento veíase á Albina, herida mortalmente en el corazón, apoyándose en la cabecera de la cama en que yacía lánguida su madre.

La jovencita velaba triste y penosa: Zita, sentada á su lado, iba pasando las cuentas de su Rosario: todo era silencio y tristeza en la habitación; pero fuera de ella el regocijo popular era lo más vivo y brillante que darse pueda. Surcaban los canales una multitud de góndolas, cuyas vagas carreras formaban mil sinuosidades por las aguas y cuyos faroles reflejaban sus pintados rayos sobre los rostros colmados de maravilla y de placer. Los altos muros de los palacios repetían á lo lejos los ecos de los cantos festivos: los edificios públicos brillaban con una infinidad de luces, y la aguja de San Marcos reverberaba en las aguas del Adriático una luminosa corona. Resonaban armoniosos conciertos en las olas agitadas de suave brisa. Acá oíanse dulces voces que entonaban el *Ave Maris stella*, saludando así á la Señora, cuyo nombre en lo venidero había de quedar unido necesariamente á la feliz memoria de Lepanto. Más allá las voces de los pescadores y marineros entonaban á coros un canto guerrero: por doquiera oíanse gritos de alegría y triunfo, y parecía que en aquella populosa ciudad una sola mujer y una sola hija hubiesen perdido á su esposo y padre, pues una sola joven velaba junto al lecho maternal que había humedecido con sus lágrimas. La pobrecita Albina sentía amargamen-

te aquel conflicto: en medio de la universal alegría se consideraba la más desgraciada y cuando el júbilo reunía á las familias y amigos ella se veía sola y abandonada. Agitada por la inquietud y un pesaroso afán, tomó la *Imitación de Cristo*, aquel libro precioso que con una sola de sus líneas basta para mitigar nuestros dolores y fortalecernos en nuestros infortunios. Aquel libro angélico, que para tantos fué estrella de salvación, levantó hacia Dios el alma desolada de Albina, la cual, después de haber recorrido algunas de sus páginas, todas llenas de sabios consejos acompañados de suave fragancia, gracia, unción y dulzura, y después de haber resonado en su corazón aquellas consoladoras palabras, pudo orar. Así pasó la noche entre los piadosos, pero inútiles cuidados prodigados por la joven á su madre, la lectura del libro santo y la silenciosa pero tranquila y ferviente oración.

Cuando apareció la luz del día, Albina envió de nuevo por el médico, á quien tal vez las fiestas populares habían impedido venir más pronto. Llegó finalmente: era un hombre docto y prudente, que había hecho los estudios en Lovaina bajo la dirección de Andrés Vesale y en París bajo la de Ambrosio Paré. Observó un rato el aspecto de la enferma, sepultada en un deliquio mortal, aquel aspecto siempre bello aun bajo la palidez y el desmayo; tomó el pulso, abrió sus párpados que al instante se volvieron á cerrar: encontró la respiración igual pero un poco fatigosa; y por último dirigiéndose á Albina que en vano buscaba en él un rayo de esperanza, le dijo:

—El instante en que salga de este letargo decidirá de la suerte de la enferma... pero me temo...

—¡Infeliz de mí! exclamó la hija. ¡Señor! ¿peligraría acaso su vida?

—No: su vida tal vez... y se detuvo. Y después de un corto intervalo prosiguió: Mándeme usted un recado tan pronto como vuelva en sí.

Después de una hora Albina notó en el semblante de su querida madre halagadores síntomas, percibiendo algunas palabras confusas producidas tal vez por un pasajero sueño.

Entre tanto parecía serenarse su frente y sus entorpecidos miembros recobraban sus funciones naturales, y ¡cosa rara! sus pálidos labios expresaban la sonrisa.

Quizás, pensó Albina, quizás el sueño es un feliz presagio. ¡Ah! pluguiese al cielo que se prolongase su sueño y con él tan dulce ilusión. ¡Pobre madre mía! ¡tal vez estás viendo á mi padre! ¡tal vez te imaginas que estrechas en tus brazos al que ya no existe! ¡Dios mío! cuando despierte, asistidla, y dad á mi pobre padre, al soldado de Cristo, la paz y la gloria del cielo.

Un movimiento de la madre le desvaneció aquellos pensamientos: acudió precipitada al lecho... la enferma se había despertado... la hija devoró con una mirada aquel semblante en el cual creía ver un presagio de la muerte. Pero no: Eleonor parecía sosegada... su frente estaba serena: sus labios entreabiertos formaban una sonrisa tranquila y fijaba en Albina una mirada tierna, pero un tanto vaga y dis-

traída. Albina no se atrevía á desplegar sus labios: acomodó á su madre en la almohada y le presentó una refrigerante bebida. La enferma la sorbió con gusto y dijo con voz suave: He dormido muy bien... el sol está ya muy alto... hoy no podré ir á Misa.

En esto oyóse el clamoreo de todas las campanas como en la elección del Dux, y ella exclamó:

—¿Qué significa eso?

Pareció como que pensase algo, pero como no acudiese á su mente recuerdo alguno, distrayéndose luego, dijo con un acento de infantil viveza:

—Ea, Albina, enséñame tu recamo. ¿Tienes muy adelantada tu labor? ¿has distribuído los colores como te dije?

Y sin aguardar á que le contestase su hija, que se había quedado extática y consternada, prosiguió:

—Esto me servirá para la fiesta que la esposa del Dux va á dar. Mas ¿por qué me miras así tan aturdida, hija mía? ¿por qué no he de ir yo á la fiesta que dará Moncenigo? ¿y quién ha de ir allá si no va una?...

Interrumpió la frase y después de una breve pausa, continuó en un tono más melancólico:

—No: yo no proferiré aquel nombre: ya no es el mío... yo... yo tengo ya otro... que la lengua italiana no puede pronunciar, según tú dices... pero que siempre me ha sido muy querido...

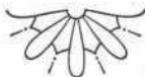
—¡Ah! ¡madre mía! gritó Albina, cayendo de rodillas al pie de la cama y esforzándose en

hacer volver en sí aquella razón que se iba extraviando más y más. Este nombre es el de Hochfeldt, mi padre. ¡Infeliz de mí! ¡en adelante seremos solas las dos en llevarlo, porque mi padre ha muerto!

—¡Muerto! replicó la viuda, y se desmayó.

Cuando recobró los sentidos, el médico estaba á su lado. Albina temblaba y se deshacía en llanto, cuando de nuevo oyó aquella voz que le era tan cara, la voz de su madre que iba recorriendo vanos y pueriles asuntos, en los cuales se descubría alguna que otra vez alguna imagen de un lejano pasado, pero sin hacer el más ligero recuerdo ni alusión á la reciente é irreparable desgracia, que dejaba á dos mujeres, viuda á la una y á la otra huérfana.

El médico, que bajo un aspecto severo ocultaba un corazón compasivo y bondadoso, la tomó de la mano y la acompañó junto á la ventana y le dijo: «Hija mía, no se haga usted ilusiones: tan inmensa desgracia, anunciada de una manera tan brusca, le ha alterado la razón. Su vida no peligra; pero solo Dios puede volverle la salud».



CAPÍTULO IV

Albina

Esta fatal sentencia fué para el corazón de la joven un golpe mortal. Ella fijó toda su atención en la dura prueba, por la cual Dios, en sus insondables decretos, la quería hacer pasar. Presentáronsele delante, como en un cuadro, todos los males: pobreza, aislamiento, privaciones, peligros, la muerte del único potector que había conocido en su juventud, dolorosa enfermedad del ser más amado sobre la tierra, total abandono de todas las criaturas, naufragio de todas las esperanzas, un tupido velo cubriendo todas las alegrías, un dilatado desierto que atravesar, mil agitaciones que ahogar en su corazón: y en medio de tantas penas, un solo rayo le quedaba: el del cielo; una sola guía: el deber; un solo bien: la conciencia.

Albina solo conocía á su padre y á su madre. Érale desconocido el nacimiento y hasta el nombre de la última, la cual jamás hablaba ni de sus padres ni de su patria, y se expresaba igualmente en alemán que en italiano. Si los rasgos de sus facciones descubrían un tipo clásico de la otra parte de los Alpes, sus ojos azules y su rubia cabellera parecían indicar un origen septentrional. El capitán de Hochfeldt,

menos reservado, había dicho en diferentes ocasiones á la hija, que su padre era un gentilhombre de Alemania. Habiendo abrazado desde joven la carrera de las armas, militó bajo las banderas de Carlos V. Mas cuando Felipe II se decidió á perseguir con todas sus fuerzas la creciente herejía, el capitán Hochfeldt se despidió de él y á ejemplo de un gran número de sus compatriotas, recorrió la Europa en busca de gloria y fortuna, ofreciendo su valerosa espada á aquel príncipe cuya causa le parecía mejor. Tal modo de vivir no era en aquellos tiempos deshonesto, y un siglo antes, un intrépido soldado aventurero, ocupando el gobierno de Milán, había salvado la Italia. Albina recordaba haber visto en la flor de sus años á los Países Bajos servir de palanque para las luchas europeas: á la Francia ardiendo en amor guerrero por la sed del renacimiento: á la Alemania presa de las guerras civiles: á varias provincias de Italia, á la Toscana feliz bajo el poder de Cosme de Médicis: á Milán enorgullecida por las virtudes y santidad de su insigne prelado Carlos Borromeo: y á Génova trabajada siempre por enemigas facciones. Empero en sus largas peregrinaciones á través de la Europa, jamás había visto abrirse ante los pasos de sus padres la hospitalidad de un albergue, de un hogar, al cual pudiesen acogerse, cambiándose mutuamente con sus huéspedes los nombres y títulos consagrados por los lazos de la sangre, nombres los más caros que emplea el lenguaje de los hombres. Ellos estaban solos, siempre solos: y sosteniendo el uno al otro, fuertes por el mutuo y vivo amor y por

el recíproco respeto, habían legado á su hija aquel melancólico patrimonio de la soledad en medio de las aventuradas alianzas con que se une la familia humana.

Al abandono se unió la miseria: algunas joyas y pocas monedas de oro formaban todo el patrimonio de Albina; pero al considerar la poquedad de aquel reducido tesoro, tomó luego su resolución: Trabajaré, dijo Albina consigo misma, y nada faltará á mi madre.

La anciana Zita, aunque hacía poco que estaba al servicio de su señora, no obstante cobró cariño á aquella piadosa y tierna jovencita y se le ofreció espontáneamente á continuar en su compañía para cuidar á la pobre madre, mientras que Albina se ocupase en hacer ricas y delicadas labores de aguja en ornamentos para la iglesia, en lo que no tenía igual.

Resignándose así en sus males, y ocultando en el fondo de su corazón las penas del ánimo y hasta los más involuntarios suspiros de compasión, Albina se propuso en aquella fresca edad, la abnegación de la vida, á la cual se quería consagrar. Todo fueron penas en aquellos primeros momentos: la tan triste condición de la enferma, sus desordenados pensamientos, ora frívolos y pueriles, ora graves, fúnebres y misteriosos: el temor de lo venidero: los intereses materiales que Albina, educada por cariñosos padres, jamás había administrado: todo era capaz de abatir un corazón que no fuese el suyo. Mas ella se mostraba digna y firme, principalmente en estos dos pensamientos: «Sufriré... trabajaré por mi madre y á la presencia... á la presencia de mi Dios».

En los días de trabajo, sentada junto á una ventana que daba al canal, cuyas aguas se deslizaban lentamente, ocupada en un trabajo monótono, Albina comprendió entonces más que nunca el beneficio de las creencias religiosas. Privada de los placeres más inocentes y propios de su edad, oprimida por un sinnúmero de penas, su alma y rostro aparecían siempre tranquilos y serenos. Aquella alma pura, elevándose sobre los trabajos y miserias de la vida, se espaciaba en mejores regiones y ofrecía en sacrificio á Dios, que no deja sin recompensa ni una gota de agua dada en su nombre, todos sus afanes, agitaciones y lágrimas. Be-saba con frecuencia la benéfica mano, que para ella había escogido la mejor parte, la de la Cruz, y en el silencio de su corazón meditaba aquellas palabras que pronunció allá en la montaña de las bendiciones: «¡Oh! bienaventurados los que lloran, porque serán consolados». Y cuando la quietud de la noche veíase turbada por bulliciosos festines, cuando la pía y laboriosa joven veía á través de los cristales iluminados los salones de los palacios y agitarse en medio de un mar de luces mil y mil sombras galantes y risueñas; entonces ella traía á la memoria las recompensas prometidas á la fe, contemplaba con los ojos del espíritu las pompas y festejos inmortales con que honra Dios á los verdaderos triunfadores, á los elegidos que han vencido las ilusiones del mundo, las fuerzas del infierno y las inclinaciones de su corazón. Muchas veces mientras trabajaba y servía á su querida madre, hablaba con los invisibles amigos que nos rodean, invoca-

ba al ángel tutelar de su madre, saludaba á aquellos príncipes celestiales que la inmensa bondad de un Dios ha destinado al cuidado de los míseros mortales, y les encargaba afectuosos mensajes para que los presentasen á María, su celestial madre. Tal vez su anciana sirvienta, á fin de aliviar en lo posible á su señora, siempre ocupada y encorvada sobre las labores que bordaba, la entretenía contándole la edificante historia de su patrona Santa Zita. Decíale cómo el Señor había honrado con el don de milagros la piedad ardiente, humildad profunda y viva caridad de aquella pobre sierva; y cómo llena de modestia y enteramente entregada á faenas humildes, había llegado á ser la protectora de Luca, ciudad en la cual en otro tiempo había entrado pobre y sencilla aldeana, llevando en el brazo un cesto de frutas para presentarlo á sus amos. La señora de Hochfeldt, sentada al lado de su hija en un gran sillón, prestaba mucha atención á tales narraciones, que su débil mente ya no podía comprender. Desde el primer día de su mal había caído en un habitual silencio; las inclinaciones de su corazón se habían desvanecido; miraba á la hija con una expresión de ternura y á la vez de melancolía; dolíase y agitábase cuando no la veía á su lado; la acariciaba como una niña; y por una sola cosa mostraba una exquisita predilección: por las flores, que siempre habían formado sus delicias y con las cuales gustaba de componer ramilletes que luego descomponía y volvía á formar muchas veces.

Habían transcurrido quince días: en medio

de sus incesantes ocupaciones Albina había terminado una estola, cuyo trabajo era de mucho mérito. Pero ¿á quién ofrecerá aquella obra? ¿á quién pedirá la recompensa de su primera labor? Desconocida en Venecia, no sabía á quién acudir. «Dios me inspirará, se dijo ella», y puesta de rodillas rezó un *Ave-maria* en memoria de los años que la Virgen había pasado en Egipto, y durante los cuales su hijo, de la real estirpe de David, vivió desconocido, pobre y abandonado.

«Iré al convento de las Benedictinas, cuya campana oigo mañana y tarde, pensó Albina levantándose; y en estas buenas almas encontraré, si no un apoyo, á lo menos un consejo.

Tomó el manto y el velo según usaban las mujeres de aquellos tiempos en Venecia, y doblando cuidadosamente la estola, la envolvió en un paño. Despidióse de su madre, la cual, presentándole un ramillete de flores que acababa de componer, le dijo:

—¿Te vas á rogar al buen Dios? toma, toma, y ofrécelo á la Virgen.

Albina tomó el ramillete de blancos jazmines, y llena de alegría y de esperanza salió de casa, diciendo consigo misma: ¡Virgen santa, rogad por mí!



CAPÍTULO V

La Virgen de la Esperanza

Albina metióse en una góndola gobernada por un anciano y que volaba sobre las tranquilas aguas, como las ligeras golondrinas que rozan las ondas sin ni siquiera tocarlas con la punta de sus alas. No tardó en llegar al monasterio que bañaba en las ondas el mármol de sus fundamentos y levantaba sus majestuosas cúpulas hasta las nubes. Albina saltó en tierra y llamó á la puerta. No tardó en responderle una buena religiosa que dijo á la joven :

—Nuestras hermanas están en el coro y no es posible ver á la Superiora hasta concluído el rezo.

—¿Podré aguardar en la iglesia?

—Sí, señora.

Entonces Albina dirigióse á la iglesia que en aquella ocasión estaba desierta y se detuvo en la parte destinada al público. Era un monumento bizantino de los tiempos en que la república había enriquecido á Venecia con los tesoros y obras artísticas de Oriente. Las naves estaban formadas con arcos que descansaban sobre esbeltos pilares: sobre un fondo de oro veíanse esmaltes y mosaicos que adornaban las edificantes imágenes de los apóstoles y mártires: el pavimento parecía á un precioso tapiz con varios dibujos, formados de diferentes mármoles y en cuyo centro se leían los nombres de las religiosas allí sepultadas.

Dividía la iglesia en dos partes una verja de hierro detrás de la cual colgaba una larga y oscura cortina y dentro de esta impenetrable barrera oíanse las dulces y armoniosas voces de las religiosas, que salmodiaban á coros las divinas alabanzas. Albina, como movida de una fuerza oculta, se arrodilló delante de un altar lateral y oró un rato con los ojos fijos en el suelo. Cuando alzó la cabeza, advirtió que se había postrado ante un altar de María. La imagen de la Virgen, que era de mármol, se destacaba en el fondo de un nicho adornado de rico mosaico, en que se veían rasgueados pajarillos y flores. Esa imagen, aunque antigua, expresaba un bello sentimiento de amor y piedad: no era una obra maestra; pero el cincel dirigido por una mano cristiana había expresado en aquella frente la pureza de una Virgen, en los labios la risa de una madre, y en todas las facciones la fisonomía de un humilde candor unido á una grandeza sobrehumana. En ella veíase representada al vivo á María, cuando se declaraba humilde esclava del Señor y al mismo tiempo era ya su madre. En el pedestal había grabadas estas palabras: «Nuestra Señora de la buena Esperanza».

Al leer este título, sintió Albina en su corazón un movimiento de confianza y toda se animó con la idea de que la divina providencia velaba sobre ella. En esto los acentos de las vírgenes entonaron el salmo 90, y el eco de sus voces repetía aquellas palabras celestiales con las cuales David glorificaba la protección que Dios ejerce sobre el justo.

«El que pone su confianza en la ayuda del

Altísimo, vivirá seguro bajo la protección del Dios del cielo.

Dirá al Señor: Tú eres mi escudo y mi refugio: en él esperaré, porque es mi Dios».

—Sí: Dios mío, repetía á la vez Albina llena de un dulce consuelo, Vos sois mi único protector: yo no tengo, fuera de Vos, un amigo: Vos sois mi Dios, mi todo».

No temerás espantos nocturnos, añadía el coro, ni de día los dardos disparados para atravesarte: ni los ardidés ocultos ni los asaltos del demonio á mediodía.

Caerán mil á tu lado y diez mil á tu diestra, mas á ti no se acercará.

—El infortunio me agobia, oh Señor, repetía la joven; mas yo no lo temo, porque vuestra adorable mano lo gobierna todo, y sólo vuestra voluntad es mi alegría.

Tú eres, oh Señor, mi esperanza y has puesto en el Altísimo mi refugio.

No se llegará á ti el mal ni el azote se acercará á tu morada.

Porque mandó á sus ángeles cerca de ti, para que te guarden en todos tus caminos.

Te sostendrán con sus propias manos para que tal vez no tropiece tu pie en alguna piedra.

Así caminarás seguro entre áspides y basiliscos y pisarás los leones y los dragones.

Y pues ha puesto en mí su confianza, lo libraré: lo protegeré porque ha conocido mi nombre.

Quando clamare á mí, lo oiré: con él estoy en la tribulación, lo libraré y lo glorificaré.

Le concederé larga vida y después le mostraré mi Salvador.»

Albina, conmovida en lo profundo de su corazón por la dulzura del canto, que correspondía á sus secretos pensamientos, exclamó:

—«¡Oh María! á vos, sí, á vos debo la esperanza que iluminó mi corazón. Bendita seáis, ¡oh Señora de la buena Esperanza! Permitidme que os recomiende el pequeño negocio que ha guiado mis pasos á esta iglesia. Nada puedo ofreceros, Madre mía, como no sea este ramillete de blancas flores... á vuestros pies lo deposito juntamente con mi corazón y mis votos, prometiendo desde ahora igual obsequio á vuestra imagen en las vigiliass de todas vuestras solemnidades. Y si mi pobre madre logra recobrar el juicio, os prometo, oh Reina de los cielos, cumplir este propósito mientras Dios conserve mi vida sobre la tierra».

Satisfecha con este humilde voto, Albina se dirigió, llena de calma y confianza, al locutorio, en donde la Superiora la estaba aguardando. Era ésta de una mediana edad, y habiendo pasado en la paz del claustro todos los años de la fresca juventud y edad lozana, sólo conocía el mundo, sus engaños y sus penas por las relaciones de los demás y por la compasión que excitaban en su corazón. La calma de su semblante expresaba la del alma, y sus ojos movían un interés simpático y puro que inspiraban confianza. Albina experimentó aquel dulce imperio y casi sin advertirlo rasgó el cuadro de su situación á Sor Verónica, que la escuchaba con marcada atención.

—«Hija mía, díjola por fin, pasando la mano á través de la reja para estrechar la de Al-

bina, nosotras no somos muy ricas, empero nuestra pobreza no nos impide poderos prestar una ayuda. Yo tomaré esta rica estola para nuestra capilla y deseo que hagáis también una palia y un velo para cubrir el cáliz, todo con el mismo dibujo. Después buscaremos alguna persona rica que quiera comprar vuestros trabajos. Basta: haremos todo cuanto esté de nuestra parte para favoreceros. Animaos, hija mía: aquel buen Dios que viste los lirios de los campos y alimenta á las aves del cielo no os abandonará. Verdad es que no os ha dado bienes de fortuna, pero por otra parte os ha dado amor al trabajo. Os ha quitado á vuestros padres, pero os ha inspirado que en este claustro tenéis amigas de corazón. Venid, pues, cuando queráis: aquí encontraréis siempre á Nuestra Señora de la buena Esperanza y encontraréis también á sus pobres siervas, prontas en todas ocasiones á acogeros en sus brazos.»

Albina, conmovida por tan dulces y halagüeñas palabras, dió gracias á Dios desde lo íntimo de su corazón, y recibió sin ruborizarse la primera paga de sus trabajos. «Esto será para mi madre», dijo con satisfacción, y saludando afectuosa y cortésmente á la buena religiosa, que con su natural afabilidad la invitó á que volviera, regresó al lado de su querida madre, cuyo sostén y amparo la había constituido el Señor en sus altos designios; y con su acostumbrada solitud y nuevo ardor emprendió otra vez el trabajo.

CAPÍTULO VI

Un paseo por el mar

Albina pasó todo el invierno en el trabajo y la soledad. Sus manos incansables bastaron para aquellas tres víctimas honestas y desoladas, y jamás sus labios se hubieran desplegado para una queja de dolor, ora por exceso de fastidio, ora por el cansancio, si la triste condición de su madre hubiese dado lugar á alguna esperanza de mejora. Mas la infeliz viuda, oprimida de melancolía, no recobraba el juicio. Largos y reiterados sufrimientos habían abrumado su corazón: la última desgracia hizo rebosar aquel torrente de amarguras, y las aguas crueles ahogaron sus facultades intelectuales, en otro tiempo tan vivas y brillantes. Albina había probado con el contacto de objetos exteriores de sacudir la fijeza de su madre y despertar en ella un rayo de razón; ¡pero vanos esfuerzos!... Las ceremonias religiosas se le hacían insensibles, la vista de la muchedumbre la llenaba de terror y le ocasionaba por largo tiempo una viva agitación y tristeza profunda; y sepultada en su dolor, como en una tumba, parecía temer y huir el estrépito del mundo.

Entretanto la primavera derramaba á manos llenas sobre Venecia la brisa y el perfume de

las flores. Quizás nunca las elevadas agujas de la Basílica, iglesias y monasterios habían aparecido bajo un cielo más hermoso: nunca los canales y el mar habían reflejado en el espejo de sus aguas un cielo más azul ni un sol más radiante y vivificador: nunca el viento del Sud había traído del Adriático un ambiente más perfumado y sensible, ni hecho brotar en los balcones de los palacios tanta variedad de flores. Albina, asomada á la abierta ventana de su aposento, respiraba con placer aquel aire puro, que lamía las hondas, y después de tantas fatigas que había tenido que soportar, se encendió en el deseo de ver más de cerca aquel mar, en que descansa Venecia como una reina en su trono. Era el día de la Ascensión. Su madre pareció que comprendía los deseos de la hija, y se dejó ataviar sin obstáculo alguno, y luego todas dos, acompañadas de la anciana Zita, entraron en una de las góndolas que siempre se hallan dispuestas en los canales.

La góndola, gobernada por un brazo robusto, dejó bien pronto atrás la ciudad, que con sus altas torres y nevadas cúpulas levantadas hasta las nubes, parecía á los ojos de Albina una gran flota anclada. Observó con placer aquella ciudad ilustre, cuyos destinos fueron tan nobles, y contemplando sus famosos monumentos, en los cuales el arte del Oriente se halla felizmente hermanado con el del Occidente, decía:

«¡ Oh! ¡ cien veces afortunado aquel que puede tener á tal ciudad por patria! Yo ignoro la mía... Dios me ha puesto en el mundo sin otro

bien que tú, querida madre mía... Pero tú sola me bastas, y para mí tú eres mi todo. Mi patria es el lugar donde tú vives, el lugar donde tu corazón me ama, aún cuando más delira tu espíritu.»

Fijaba Albina sus miradas en la que la acariciaba sin advertirlo, y se alimentaba de tristeza al encontrarse siempre sola, sin un eco que respondiese á sus pensamientos y sin poder comunicar á un corazón sensible y racional los movimientos que animaban el suyo; cuando dirigiendo sus miradas al mar que enfrente extendía en dilatados horizontes las verdinegras y espumosas aguas, de repente y en las cercanías del puerto vió agitarse el líquido elemento. Una majestuosa nave, toda cubierta de oro, que reflejaba los rayos del sol, salió del puerto, dejando detrás de sí un profundo surco. Centenares de barquillas y galeras, á manera de un brillante cortejo, le hacían corona, y en telas de seda que en la proa flotaban al viento sacudidas de ligera brisa, veíase bordado el alado león de San Marcos. Aquella nave se adelantaba cortando victoriosa las olas, y en menos de una hora alcanzó la góndola de Albina que pudo muy bien distinguir sentado en un rico trono á un anciano, cuyo venerando aspecto conoció muy bien. Era el Dux Moncenigo. Sentábanse á sus lados con sus vestiduras sacerdotales el Nuncio Apostólico, y el Patriarca de Venecia; varios señores con magníficos trajes, embajadores, consejeros, procuradores de San Marcos ocupaban sus asientos formando un semicírculo alrededor del Dux. Dirigía la nave el almirante con

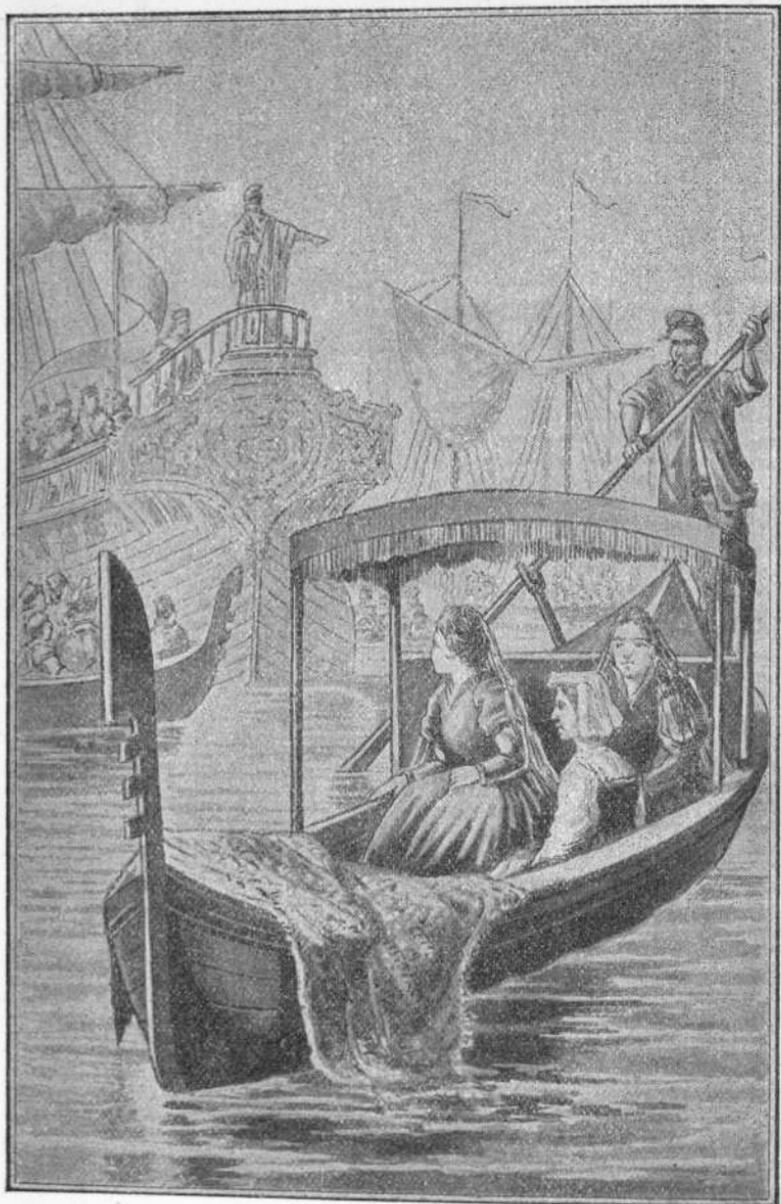
su divisa roja, garnacha morada, y un gorro de terciopelo rojo. La joven experimentó un inocente placer contemplando aquella majestuosa asamblea cuyos nombres ilustres hallábanse escritos en el libro de oro de Venecia. Su corazón latió vivamente al tronar sobre las ondas las repetidas salvas de los cañones y sintió una profunda conmoción al sonido de los sagrados bronces, á las estrepitosas armonías de los clarines, y á los gritos del pueblo y de los marineros.

Redoblóse empero su atención cuando vió levantarse á Moncenigo y dirigirse á la galería de la nave. El Patriarca tomó en sus manos un vaso de oro lleno de agua bendita y la derramó en el mar, como si hubiese querido con tal acto consagrar sus aguas: el Dux tomó un anillo y lo arrojó á las olas, pronunciando en alta voz las siguientes palabras, que resonaron en medio del silencio general: *Desponsamus te, mare, in signum veri et perpetui domini.* Te desposamos, oh mar, en señal de verdadero y perpetuo dominio.

Albina comprendió aquella ceremonia, de la cual había oído hablar tantas veces: asistió á los místicos desposorios de Venecia con el mar: oyó á la *Roma del Océano* proclamar aquella soberanía que había conquistado con el comercio y la guerra, con el oro y la espada, y hábale, en efecto, parecido que sus olas se apaciguaban obedientes bajo el peso del soberbio Bucentauro.

La humilde góndola seguía de lejos el curso de la rica nave. Sentada junto á su madre, iba observándola atentamente para ver si podía





Te desposamos, oh mar, en señal de verdadero y perpetuo dominio.

leer en sus ojos los agitados pensamientos que revolvía en su interior; pero no le fué posible obtener una sola palabra de los labios de la infeliz, que continuaba obstinada en su profundo silencio. Regresaron á la ciudad y se internaron por un canal que conducía á su habitación. De repente oyeron las acordes armonías que salían de las ventanas de un palacio, que estaban abiertas: una numerosa orquesta ejecutaba un motivo compuesto por Orlando Lassa. Aquella armonía estremeció y sacó de su apatía á la señora de Hochfeldt; dirigió alrededor sus ojos que parecían iluminados por un rayo de inteligencia, fijólos en el palacio de donde salía el concierto, contempló por un momento aquella magnífica habitación y prorrumpió en una risa inmoderada.

¡Eh! ¿no es aquél el palacio de los Evangelistas?... ¿hay en él un festín? ¿no serán admitidos en el banquete la viuda y la huérfana?... ¿no se les ha reservado un asiento? Ea, gondolero, bate remos: aborda á aquellos marmóreos umbrales... un esfuerzo más y llegamos... nos aguardan.

Albina derramó una lágrima de espanto, estrechó á su madre entre sus brazos; pero pronto la vió palidecer y sintió helársele aquellas manos que poco antes abrasaban: un fuerte desmayo había interrumpido las desconcertadas palabras de la infeliz Leonor.

CAPÍTULO VII

El retrato

Siguióse al desmayo una fiebre abrasadora y Albina durante muchos días no se apartó del lecho de su madre, la cual no volvía en sí de su letargo sino para proferir palabras inconexas, en las cuales inútilmente intentaba su hija descubrir el secreto de sus esperanzas. Había tenido que interrumpir el trabajo y veía desaparecer rápidamente los cortos recursos que con tantos desvelos se procuraba. Ya la tímida Albina había llevado á un griego de la orilla de los *Schiavoni* la cadenilla de oro y la aguja de filigrana que en otro tiempo le había regalado su padre, y había cambiado aquellas joyas tan ricas en dulces recuerdos por unas pocas monedas. Sabía, previsora, veía acercarse el triste momento en que el peso de los infortunios oprimiría sus fuerzas y haría vacilar su corazón ante una terrible desgracia. Una sola idea la sostenía, una sola esperanza brillaba á sus ojos, como una clara estrella en medio de una noche oscura, y era su inquebrantable confianza en Dios y su tierno amor á María. Sin entrever medio de salvación, estaba persuadida de que su Dios no la abandonaría en tan fiera tempestad. Sabía

muy bien que Dios acudiría en su auxilio y que entonces recobraría una perfecta calma: y si bien se veía oprimida de mil afares, reinaba en su espíritu una tranquilidad celestial. Habíase puesto en manos de María y cuando le asaltaban funestas fantasmas que turbaban su imaginación, cuando se le presentaba el porvenir envuelto en negro manto, parecíale ver una piadosa imagen, que le alargaba una mano benéfica y que una voz consoladora le decía con dulzura: *Espera*.

Fiel á su promesa, la vigilia de la Visitación llevó un ramillete de perfumadas rosas á los pies de aquella imagen, de la cual no ha mucho había recibido ayuda y consuelo; y mientras estaba orando, una hermana conversa la avisó que la Superiora la aguardaba en el laboratorio.

Apenas hubo llegado Albina, cuando la bondadosa sor Verónica le dijo:

—¡Buenas nuevas, querida hija, buenas nuevas! La santa Virgen nos favorece: toda la Comunidad haorado... oid. Una gran señora, cuyo hijo ha peleado en Lepanto, quiere ofrecer á Nuestra Señora de Loreto una prueba de reconocimiento: quiere regalar unos ornamentos completos para el santo sacrificio y ha querido que yo me encargase de bordarlo. Pues bien: yo os he recomendado á él, querida hija, le he ponderado vuestra habilidad, prefiriéndoos á nuestras pobres hermanas. Id pues al palacio Justiniani: allí se os entregarán ricas telas, oro, perlas y todo cuanto se necesita para bordar sobre la seda las rosas de Saarón y los lirios de los valles. Id luego y el

gondolero del monasterio os guiará. Dios, la Virgen y los ángeles os acompañen.

Albina, llena de alegría, besó, según costumbre de los tiempos y de los países, la mano de su amable protectora, salió del locutorio y entró en la góndola. En poco tiempo llegó al pie de un palacio, vistoso por su grandiosidad y elegante arquitectura. En sus balcones fué donde vió, en el día fatal, al feliz mensajero de la victoria de Lepanto: de sus ventanas é iluminados salones salieron aquellas arrobadoras melodías que hirieron sus oídos algunas semanas antes, y que habían infundido en el espíritu de Eleonor tan profundo letargo. Turbada con tales ideas, Albina se acercó temerosa á los desdeñosos criados que había en un grande atrio todo de mármol; preguntó por la señora de la casa: subió, afectada por una secreta conmoción, la suntuosa escalera, cuyas paredes estaban adornadas de pinturas al fresco, que representaban batallas navales; y pasando por una galería llena de antiguas armaduras y tapices, la mayor parte quitadas á los genoveses y otomanos, encontróse finalmente sola en un grandioso salón en el cual se le dijo que aguardase un momento. La magnificencia de que se veía rodeada no atraía sus miradas. Mientras ella, generosamente humilde, levantaba los ojos para dar gracias al cielo de su pobreza y abandono, fijó casualmente su atención en un gran retrato, en el cual daban los rayos del sol. Como movida de una fuerza desconocida, se adelantó algunos pasos y paróse enfrente de aquel cuadro, obra del Ticiano, y lo devoró con una mirada ardiente





«¿Sois vos la joven que la Madre Verónica me recomienda?»

y atónita. Era el retrato de una mujer en la flor de su juventud: las facciones expresadas con estudio y gracia parecían destacarse del fondo del cuadro: en sus labios veíase delineada la sonrisa: sus ojos azules herían de un modo expresivo y dulce las miradas del que la contemplaba: en sus manos tenía un libro de devoción. El hábil pincel del Ticiano había trazado con primor las costumbres del siglo; pero el precioso ropaje y los ondeados encajes de seda nada podían añadir á aquella fisonomía todo candor y bondad. Un pequeño escudo adornaba el ángulo del cuadro. Albina, fuera de sí y olvidada del objeto que allí la había conducido, permanecía con los ojos fijos sobre la muda tela y parecía que quería preguntarla. En esta actitud, era tal su distracción que no oyó una voz que le decía: «¿ Sois vos la joven que la Madre Verónica me recomienda? »

Esta pregunta, repetida por segunda vez, no obtuvo mejor efecto. Entonces la anciana señora que la había proferido, tocó ligeramente la espalda de Albina; pero al mismo tiempo retrocedió admirada de ver el rostro de la joven bañado de lágrimas y dominado de una viva emoción.

—En nombre del cielo, ¿quién sois vos? preguntóle la anciana.

—Señora, replicó ella con voz conmovida, por favor decidme, ¿de quién es aquel retrato?

La anciana vaciló un momento en responder, pero al fin dijo:

—Es el de mi hija.

—Y se llama... ¡ah! ¡perdonadme!... dig-

naos responderme, porque aquí veo la mano de Dios.

—Su nombre es Eleonor Justiniani.

—Este libro era suyo: ¿lo reconocéis, señora?

Y diciendo esto, Albina sacó su libro de oraciones que llevaba debajo del velo y lo dió á reconocer á la anciana, como también un broche de oro, en que había grabado un escudo en todo semejante al del cuadro y que tenía las iniciales L. J.

—¿Quién os ha entregado este libro? decid:

—Mi madre, respondió, la cual se llama Eleonor de Hochfeldt.

CAPÍTULO VIII

El reconocimiento

Al oír tal nombre, la noble Señora lanzó un penetrante grito de sorpresa. Alargó sus trémulos brazos hacia Albina; pero, poseída de una viva emoción, desmayóse y cayó sin sentidos en los brazos de la joven, que no atreviéndose á llamar los criados en auxilio de su señora, la colocó, como mejor pudo, en una silla, dióle á oler algunas flores que tomó de un rico vaso, y puesta de rodillas á un lado, reparó que poco á poco iba volviendo en sí. Cuando abrió los ojos, pareció que iba recogiendo las ideas pasadas, y al ver á Albina á

sus pies, la estrechó contra su corazón, exclamando con ternura:

«¡Oh, hija mía! ¡querida hija! abraza á la madre de tu madre!»

A tan dulces palabras, prorrumpió Albina en copiosas lágrimas, se arrojó en el seno de su abuela que la bendecía y acariciaba repitiendo:

—Levanta, hija mía, levanta tu rostro para que yo vea las facciones que me recuerden las de tu madre. Háblame de ella. ¿Dónde está? ¿Piensa ella en su madre que tanto la ha llorado? Habla... habla, carísima niña. Tu cara y tu voz son para mí mensajeros de felicidad.

—¡Oh, Señora y madre mía! exclamó Albina, todavía no puedo resolverme á creer tanta felicidad. ¡Yo... vuestra hija!

—¡Cómo! ¿Nunca te ha revelado tu madre la prosapia, cuya sangre corre por sus venas?

—¡Jamás!

—¿No venías tú aquí bajo un supuesto nombre, para reclamar tus derechos y ocupar el lugar que te era debido?

—Nó: yo venía como una pobre bordadora, para pedir trabajo con que sostener nuestra vida.

—¡Gran Dios! ¡Una Justiniani! pero, hija mía, ¿dónde está tu madre?

—En Venecia.

—¿Y tu padre?

—Murió en Lepanto.

—¡Y tu madre no se ha acordado de mí! ¡No ha venido á echarse en mis brazos! ¡Posible que haya dudado de mi amor!

—¡Ah! ¡por Dios no la culpéis!

— ¿Y qué? ¿no debo culpar su corazón que me ha olvidado y su orgullo que ha podido dudar de mi ternura?

— ¡Ay de mí! replicó Albina, mi madre no es culpable: herida del dolor por la muerte de mi padre, ha...

— Prosigue.

— Ha perdido la razón.

Un largo silencio siguióse á estas palabras: Albina lloraba y su abuela parecía agobiada de dolor. Mas al fin dijo:

— ¿Conque, este es el estado en que de nuevo la encuentro, Dios mío? Este día tan suspirado, este día que debía unirnos, ha finalmente llegado. Pero, ¡ah!, ha llegado para que después de haber envejecido esperando, reciba en mis brazos á una infeliz demente! ¡Yo la estrecharé en mi regazo, y ella... ella no me conocerá!... ¡Yo la llamaré por su nombre y mi voz será para ella como la de un extranjero!... ¿Quién sabe?... Yo buscaré en sus facciones la dulce expresión que la animaba cuando niña, y solo encontraré un triste delirio. ¡Oh, Señor... Señor, para cuán dura prueba me habéis reservado!... Pero tú, hija mía, dime; ¿cómo lo has hecho, tan débil y joven, para luchar contra tantos infortunios?

— He trabajado y hemos pasado del mejor modo posible: he orado y el buen Dios, que nunca abandona á los suyos, me ha oído.

— ¡Verdaderamente tú tienes el corazón de una Justiniani! abrázame, hija mía, abrázame: un día te referiré la historia de nuestra casa: te diré qué inflexible voluntad se interpuso entre mí y tu madre: sabrás por qué nos separamos.

Pero paz á los muertos... y paz... paz á aquellas almas, queridas hasta en sus mismos rigores y violencias. Entre tanto una sola cosa debe ocuparnos: quiero que mis dos hijas vivan en este palacio, que en adelante será suyo. ¿Pero y cómo trasladar aquí á tu madre?

—¿No podría conducírsela cómodamente en una góndola?

—Sí, tienes razón: y tal vez el cuidado, los consejos de los médicos más célebres, tal vez mi presencia, el aire del lugar natal podría volverle la razón.

—Pluguiese á Dios que así fuese, querida madre, para que pudiese ella gozar de la felicidad que le está reservada. Yo he hecho un voto á la Virgen de...

—Y yo te ayudaré á cumplirlo. Sin duda que Dios no dejará incompleta una tan gran felicidad.

Después de algunas horas, Eleonor, acompañada de la anciana Zita, se instalaba en una magnífica habitación del palacio Justiniani; pero ni aquel cambio, ni la voz, ni las caricias de la madre fueron capaces de despertar en ella un rayo de razón. Sentada al lado del lecho, la madre contemplaba extática el pálido aspecto de la hija, que estaba sumida en un silencio melancólico, semejante al de aquellas estatuas que se ven colocadas sobre los sepulcros. Las preguntas quedaban sin obtener respuesta, sus caricias sólo lograban una mirada de estupor, y si le repetía aquellas amorosas palabras con que la había acariciado en su infancia, ni siquiera podía arrancarle un suspiro ni una lágrima. Cansada finalmente de los

vanos esfuerzos, se abandonaba á un fuerte dolor, y sólo su fe en Dios le impedía entregarse á la desesperación.

—Yo creía muerta á mi Eleonor, dijo finalmente á su nieta, y me creía en el colmo de mi desgracia. ¡Infeliz de mí! ignoraba que había un infortunio mayor que la misma muerte.

—¡Oh, madre mía! replicó Albina, ¿será el colmo de la infelicidad cuando aun se puede esperar y orar? Nueve meses ha que nunca he desconfiado, siempre he implorado el auxilio de Jesús por la intercesión de María... y ¿no lo veis? ¿no es ella quien me ha dado hoy una familia que no tenía? ¿no puede ella aún restituir á mi madre la razón? ¡Ah!, rogad, sí, rogad conmigo: las dos por ella, pues una voz interior me dice, como en otra ocasión: *Espera.*

CAPÍTULO IX

Los Justiniani

Al día siguiente la abuela de Albina llamó al lecho de su hija á los más célebres médicos de Venecia. Reunidos éstos, examinaron la enferma y consultaron detenidamente entre sí. Durante aquel tiempo la madre y la hija hallábanse poseídas de todas las angustias que suelen ocasionar á las almas sensibles las graves discusiones de aquella ciencia que sólo mira á las personas más caras como un obje-

to de estudio. Los médicos finalmente, después de una larga consulta, se presentaron á las dos, y el más anciano, tomando la palabra, les dijo:

—Nada puede la ciencia: un cuidado exquisito impedirá que el mal se agrave y éste es el único alivio que puede esperarse.

Después de tal sentencia, se retiraron, dejando á las dos señoras consternadas; mientras que la pobre enferma, sentada en la cama se entretenía inconsideradamente con un ramillete de flores.

—Madre mía, díjole Albina, cualquiera que sea el rigor del destino que te hiera, jamás te abandonaré: tú serás mi todo. Yo me consagraré á tus desgracias y las preferiré á todos los placeres de la tierra. Por otra parte, para mí tu razón no se ha ofuscado: tú siempre me conoces y me acaricias.

A tales palabras, como si hubiese comprendido los tiernos acentos de la hija, Eleonor la tomó de la mano y dulcemente le dijo:

—Cara Albina.

Y echando una mirada de desconfianza sobre la madre, añadió:

—Despide á esos forasteros: quedémonos solas y te entretejeré guirnaldas y entonaré el aria que animaba á Federico. Manda que se retiren...

Y al decir esto, cubrióse los ojos con las manos y arrojó lejos de sí las flores, que se esparcieron por la cubierta de la cama. En esto la madre, que lloraba oculta detrás las cortinas del lecho, tomando la palabra, exclamó con trémula voz:

—Tampoco yo te abandonaré, hija mía, cara Eleonor, tantas veces llorada y tan tristemente hallada. En vano tus ojos anublados desconocen á tu madre: no por eso me eres menos querida ahora de lo que fuiste en los primeros días de tu vida, cuando ni tus ojos ni tu corazón me conocían aún, y tu entendimiento, no iluminado todavía por la razón, no discernía mis cuidados ni mis fatigas. ¡Oh, Dios mío!, yo acepto á mi hija tal cual os place devolvérmela, y de Vos sólo, médico soberano, aguardo su curación: de Vos sólo, suprema inteligencia, espero que le volváis la luz de la razón. Ven, querida Albina, ven y las dos juntas oraremos: tengo una gran necesidad de depositar en el seno de Dios mis dolores.

Albina siguió á su abuela, que la condujo á un retirado oratorio en el cual entraron, y arrodilladas prorrumpieron en súplicas mezcladas de llanto. Al levantarse Albina recorrió con la vista la capilla, embellecida de todo cuanto había podido reunir el gusto del arte, la opulencia y el deseo de recoger alrededor de los altares del Señor lo que la naturaleza produce de más sublime y el genio de más maravilloso. Entre las muchas preciosidades llamó la atención de Albina una caja de oro engastada de piedras preciosas, en la cual el arte ingenioso del cincelador había apurado su paciencia y agotado sus fuerzas. Acercóse y observó á través de un cristal orlado de perlas, que aquel gran reliquiario contenía dos cuerpos cubiertos de ricos vestidos incrustados en oro. Veíanse las cabezas apoyadas en

almohadillas de blanca seda, y parecía que eran de aquella edad que ha entrado apenas en la adolescencia. En medio de la palidez del sepulcro, todavía se descubría en sus pacíficos y descarnados rostros un no sé qué de candor celestial y de inocencia. La imagen de la inmortalidad parecía pintada en aquellas heladas frentes, á cuya presencia Albina inclinó sus ojos, como si hubiese creído ver aquellos cuerpos muertos, gloriosos en el sepulcro, elevarse sobre las alas y volar vencedores á la mansión de los bienaventurados. Por una circunstancia conmovedora sus manos estaban todavía atadas con un nudo que no se había podido desatar. Acercóse Albina á su abuela y díjole:

—Madre mía, ¿de quiénes son aquellas reliquias?

—Son, contestóle ella, los restos de dos Justinianis: mira, hija mía, mira estos dos cuerpos sin terror ni pueril espanto. Están aquí aguardando la resurrección del justo: eran parientes tuyos y casi tus hermanos. Obsérvalos con veneración, porque sobre la tierra fueron príncipes y en el cielo son mártires. Sí, hija mía, yo te he dado palabra de referirte la historia de nuestra prosapia y de ella voy á abrirte la más brillante página. Y retirándose á un aposento vecino, la señora Justiniani empezó así:

—«Quizás tú, hija mía, ignoras la guerra cruel con que los turcos por tanto tiempo molestaron á los cristianos y particularmente á los fieles habitantes de las islas del Mediterráneo. Aquellas sangrientas luchas te han

hecho tres veces huérfana, y si en tus vestidos no se descubre el luto no por eso deja de entristecer duramente tu corazón. Tú debes saber que los príncipes de nuestra familia desde tiempo inmemorial gobernaban la isla de Scio, que flota en el mar Egeo, y mediante un tributo que pagaban al imperio otomano, gozaban de una profunda paz. Todos sus moradores, ateniéndose á la fe de los tratados, se preparaban á festejar las santas fiestas de Pascua, cuando los turcos de improviso se les echaron encima, y armados, crueles y ávidos de matanzas recorrieron la isla, pasando á fuego y sangre á sus habitantes.

Mil veces, hija mía, he oído contar los horrores de aquel desgraciado día. Todavía joven había oído la descripción de las riquezas de aquella isla, que se gloria de ser la cuna del grande Homero. Habíanme descrito sus altas montañas, sus colinas cubiertas de viñas, sus fértiles campos en los cuales los naranjos, las higueras, los cedros y los lentiscos confundían sus flores con sus frutos. Habíanme pintado á los felices moradores que traficaban por las costas del Mediterráneo con sedas, lino, terciopelo y preciosas telas de tisú: y en las fronteras de Egipto y del reino de Fez eran codiciados los ricos productos de aquella afortunada isla.

La fecundidad del suelo y los frutos de la industria servían de cebo para atraer sobre aquellas regiones bandadas de buitres. Demasiada prosperidad no conviene ni á los hombres ni á las naciones. Para desarmar la envidia es oportuna alguna desgracia, como es

provechoso algún disgusto para moderar los corazones que se afeminan con los placeres de una constante prosperidad.

Las sabias lecciones del infortunio habían venido á menos en aquel país. Acostumbrados á los dulces ocios y ligeras fatigas, al primer grito de guerra que dieron los turcos y á la vista de sus formidables huestes, aquellos afeminados pueblos inclinaron el cuello ante el hierro que amenazaba á sus cabezas. Solo un anciano entre tantos se preparó á la resistencia. Era ese un Justiniani, obispo de Scio, en el momento en que revestido de los ornamentos sagrados iba á ofrecer el incruento sacrificio. Al ver á los bárbaros avanzando hacia el altar con las cimitarras desnudas, armóse también él, pero fué con el vivo y verdadero cuerpo de Jesucristo. Tomando el sagrado copón, dirigióse hacia los turcos intrépido y resuelto á sostener mil muertes antes que consentir que fuese profanado, y cubierta su cabeza con la imponente majestad de sus venerables canas, cobrando fuerzas de la presencia de un Dios invisible que sostenía en sus manos, pareció formidable á los otomanos, que sobrecogidos de respetuoso asombro, retrocedieron. Tal fué el ascendiente de la virtud. Mas ¡ay! que á la inocencia estaba decretada una victoria más heróica.

En el mismo día la familia Justiniani fué conducida prisionera á Caffa. Entre los prisioneros había dos príncipes niños, hijos del hermano de mi esposo. Débiles, delicados y criados entre las caricias de sus afectuosos padres, parecían accesibles á todo temor y seduc-

ción. Piali, el infame apóstata, se persuadió que su juvenil edad no podría resistir á los halagos y blanduras, como él en su avanzada edad se dejó arrastrar por la seducción del oro. Mandó pues que fuesen llevados á su presencia y comparecieron con las manos atadas y el sello de cautiverio en la frente. A una orden de Piali les fueron quitadas las cadenas y presentados refrescos y perfumes por los esclavos que luego se retiraron, dejando á los dos niños solos con el Bajá.

—Ya lo veis como os trato, dijo Piali, os mando servir como príncipes. Ningún otro esclavo puede vanagloriarse de tal tratamiento.

Los dos hermanos no respondieron, ni se dignaron tocar lo que los esclavos les habían presentado.

—¿Por qué, díjoles Piali, por qué no coméis? ¿Desdeñáis acaso mi hospitalidad?

El mayor de los niños, llamado Juan, tomando la palabra, le contestó:

—Dicen los árabes, que uno se hace amigo de otro comiendo su pan, y nosotros no queremos ser amigos vuestros.

—Mi amistad, exclamó Piali, no es tan despreciable como os figuráis: príncipes, célebres capitanes la han envidiado, y vosotros débiles niños ¿cómo os atrevéis á rechazarla?

—Porque vos no sois amigo de Jesucristo, replicó con franqueza el pequeño Pablo, niño de diez años, que parecía el más afable y dócil.

Estremecióse el apóstata al oír el nombre del Salvador y con voz trémula de enojo prosiguió:

—Jesucristo no puede restituiros el trono que habéis perdido, y esto que El no puede, lo puedo yo.

Los dos príncipes callaron.

—¿ Me habéis comprendido? replicó Piali, lleno de furor: si yo lo quiero, seréis príncipes de Scio; pero si tomo otra resolución sobre vuestro destino, seréis condenados á los remos de una galera turca, ó vendidos como viles esclavos en el mercado de Constantino-pla. Todo depende de mí.

—Todo depende de Dios, contestó Juan levantando los ojos al cielo.

—Esclavo, no pronuncies tal nombre. Cuando te encorvares bajo el remo, magullado por las fatigas y los golpes, cuando te vieres expuesto bajo las bóvedas del bazar, puesto á precio como ganado con algunos ricos habitantes de Stamboul; tú, príncipe, tú, noble veneciano, cuando gimieres bajo este oprobio, cuando vieres á tu hermano arrancado de tus brazos y condenado al más duro trabajo, entonces tu Dios no vendrá á socorrerte; y yo... sólo yo puedo hacerlo.

—Nada puede el hombre: exclamaron los dos hermanos. Sólo Dios es nuestro dueño y nosotros le pertenecemos.

—Vosotros sólo pertenecéis á mí: yo sólo puedo restituiros el trono ó haceros exhalar el alma entre los tormentos.

—No temas, caro hermano, dijo Juan con ternura, no temas: bien sabes que escrito está, «no temáis á aquellos que matan al cuerpo, y no pueden matar al alma».

—Niño, antes de despreciar los bienes de la

vida, considera lo que ahora miras con desdén. Eres joven, agraciado, noble y generoso: tus mismas respuestas me han hecho conocer tus deseos. Tú eres digno de un trono: pues bien, si lo quieres, mañana mismo te harás á la vela para la bella y fecunda Scio, mansión de vuestros mayores, y volverás á ella no como cautivo y en cadenas, sino como príncipe soberano, que vuelve á la posesión de sus dominios. Sus habitantes te jurarán fidelidad, tu hermano no se apartará de tu lado y tú reinarás feliz y tranquilo sobre tus súbditos, los cuales te consagrarán sus haciendas, libertad y hasta la misma vida.

—¿Y para conseguir tantos bienes qué debo hacer?

—¡Ah! hermano, hermano: sé prudente, dijo con prontitud el pequeño Pablo, estrechando las manos de Juan.

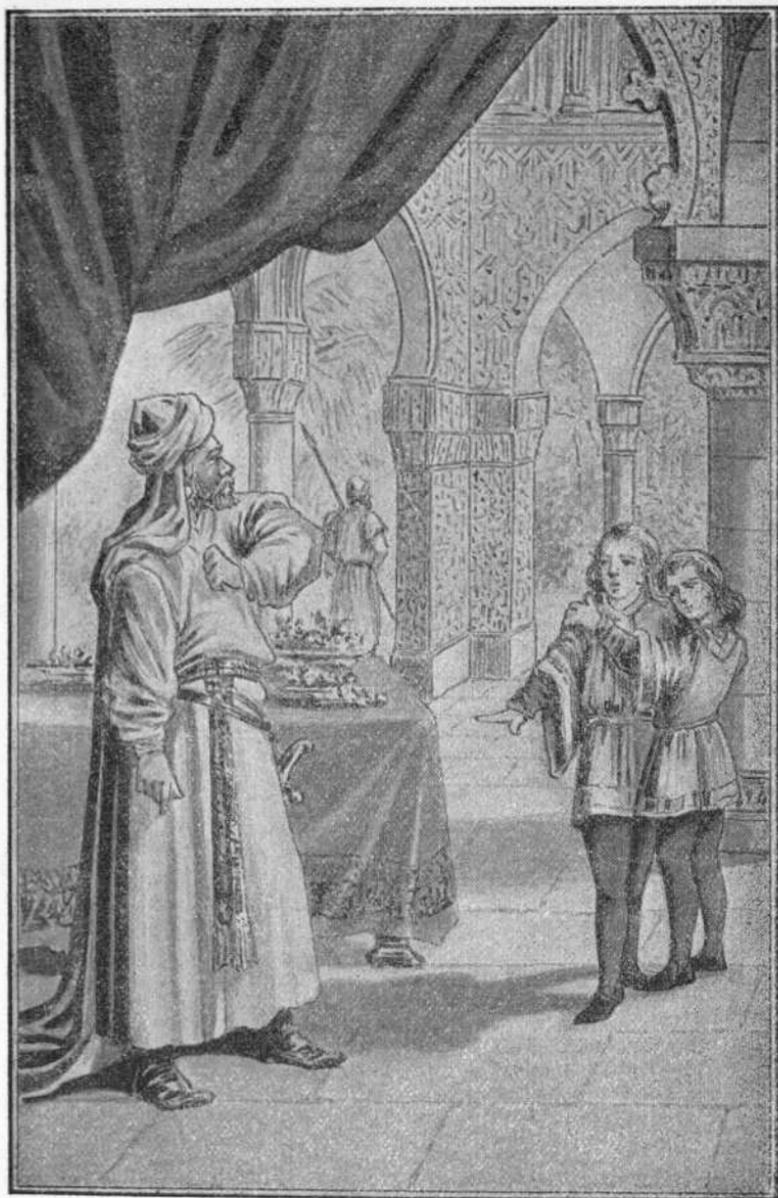
—Conviene, replicó confidencialmente Piali, que sin cesar de ser cristianos, abandonéis el culto externo, contentándoos con tributarle un homenaje interno, y que en todo deis á vuestros súbditos ejemplos de fidelidad al profeta. Una palabra, una sola palabra, una simple promesa será bastante, pues me consta vuestra probidad; y mañana, hoy mismo si queréis, saldréis para Scio.

—¡Oh, hermano, dulce hermano mío! replicó Pablo con voz suplicante, abrazando tiernamente á su hermano.

—No, no: dijo Juan con resolución.

—No: jamás: añadió Pablo con alegría, dirigiéndose al apóstata.

—¡No!... ¡no!... repitió Piali con furor.



— No, no: dijo Juan con resolución.

¡ Ah, miserables! Basta: os doy un momento de tiempo para escoger entre la libertad y la esclavitud, entre la vida y la muerte: ó reinar en Scio bajo la protección de los turcos, ó aquí bajo los azotes... ¿ me comprendéis?

— ¡ Ah, Pablo! respondió el otro, compadeciendo el destino de su hermano.

— Querido Juan, díjole Pablo, yo sabré morir.

— ¿ Qué partido escogéis? interrumpió Piali: queréis reinar, ó...

— ¡ Morir! sí, queremos morir mil veces, respondieron los hermanos.

— Pues bien, así será, añadió y luego dió un silbido.

Al momento comparecieron cuatro esclavos que á una señal de Piali partieron y volvieron trayendo consigo los instrumentos del suplicio.

— Llevaos á los delincuentes, dijo Piali en voz baja y mirando de reojo á los príncipes.

Estos, tranquilos y sin despegar sus labios se pusieron en medio de sus verdugos y así el triste cortejo se dirigió á un patio del palacio.

— Desnudadlos y atadlos á una columna.

Los dos niños se adelantaron y animosos con sus propias manos se quitaron los vestidos. Entonces los esclavos los ataron á la columna.

— La última palabra, dijo Piali.

— No, respondieron los dos hermanos: y no bien acabaron de pronunciar esta palabra cuando empezó el martirio. Los dos gallardos niños, atados como dos corderos destinados al matadero, se mostraron impávidos, sin derra-

mar una lágrima. Miráronse tiernamente el uno al otro y después... levantaron los ojos al cielo. Piali parecía luchar entre el furor que el infierno encendía en su corazón y la irresistible fuerza de la compasión. Acercándose á Pablo, que estaba casi exánime y desgarrado de los golpes, le dijo con voz conmovida:

—Todavía estás á tiempo, ¡oh, niño! dame palabra de obedecerme, levanta un solo dedo en señal de consentimiento y vivirás para reinar.

Pablo lo miró con ojos ofuscados y por toda respuesta cerró la mano tan fuerte como pudo. Algunos minutos después los esclavos azotaban un cadáver. Juan, abandonado antes de exhalar el último suspiro, y no teniendo con qué restañar la sangre, ni una gota de agua para humedecer sus áridas fauces, sufrió una agonía de tres días antes de consumir su sacrificio. Pero ¡Dios mío, cuán admirable sois en vuestros actos! Aquel niño destrozado bajo los golpes, conservando todavía un soplo de vida para más padecer, destituido de todo socorro humano, aquel niño no cesó en su larga agonía de dar gracias á Dios porque á la corona de su inocencia añadía la palma del martirio. En medio de sus dolores brillaba una santa alegría. Tendido sobre el nudo suelo, como un valiente soldado después de sangrienta batalla, sostenía sobre su pecho el cadáver de su hermano y se esforzaba en apartar los inmundos insectos que á bandadas se echaban sobre el pálido rostro del joven príncipe.

Un esclavo cristiano, prisionero en un lu-

gar no muy distante del sitio en que tuvo lugar este martirio, me refirió su historia. De él supe cómo el heroico niño se dirigía á su hermano, considerándolo dichoso por haberle precedido en la casa de su celestial padre. Supe cómo aquella voz moribunda, entre el profundo silencio de los verdugos, se elevaba al cielo para invocar á Dios con los más tiernos acentos y llamaba á María, cual tierno infante llama desde la cuna á su querida madre, y cómo, triunfando de los sufrimientos, prorrumpió en un cántico de gloria. Supe también cómo en estos tres días se oyeron cánticos celestiales mezclados con los suspiros más bien de amor que de dolor. Al cuarto día, cuando asomaba la rosada aurora, reinó el silencio. El infeliz prisionero se esforzó en asomarse á la estrecha abertura que medía la escasa luz que entraba en su oscuro calabozo y vió junto á la columna empapada de sangre á los dos hermanos yertos sobre el suelo: vió la cabeza de Pablo apoyada sobre el pecho del hermano: vió sus manos aun atadas. En aquel momento el sol se elevaba sobre el horizonte, penetrando á través de los arcos que rodeaban el patio, y sus primeros rayos iluminaron las frentes de los dos príncipes. Nada más vió el cautivo; y bajando de nuevo al tenebroso fondo de su prisión, adoró profundamente á Dios é invocó la protección de los dos mártires.»

CAPÍTULO X

Recompensas y honores

Mientras que en el palacio Justiniani se iban sucediendo las más conmovedoras escenas, la Europa entera contemplaba atónita un espectáculo sublime. Aquel entusiasmo que impidió á los vecinos el acoger entre cánticos festivos y gloriosas ovaciones al generoso Justiniani y que tanto conmovió á Albina, se difundió rápidamente en todas partes para recibir y aplaudir á los valientes que habían peleado por la civilización y la fe. Baste una sucinta reseña de los honores que los romanos tributaron al valor y á la piedad del ilustre Colonna. Este caudillo del Sumo Pontífice se había hecho acreedor al público reconocimiento, en especial por haber apaciguado con su prudencia una terrible discordia que se suscitó entre españoles y venecianos y que amenazaba frustrar las esperanzas de toda la cristiandad. Así es que apenas divulgada la noticia de su regreso, los romanos se prepararon á tributar al vencedor el honor de los antiguos triunfos.

Colonna, rodeado de la misma guardia del Papa y de la más noble caballería italiana avanzaba precedido de los Magistrados. El sonido de doscientas trompetas se confundían

con los gritos frenéticos de la muchedumbre. El glorioso estandarte era llevado por el comendador de Malta, Joaquín de Romegas. En la puerta de la ciudad, llamada de San Sebastián, levantábase un arco de triunfo con una inscripción latina que decía así: «A Marco Antonio Colonna, general de la flota pontificia, benemérito de la Sede apostólica, de la salud de los aliados y de la dignidad del pueblo romano».

Entrando después en la *Via Apia* pasó por debajo el arco de Constantino, y luego por el de Vespasiano y de Septimio Severo. Fué una gran coincidencia, trazada por la Providencia divina, que este último monumento de la victoria del Senado y del Pueblo romano sobre los partos, acogiese á sus nuevos triunfadores. De aquí se dirigió al Capitolio y en seguida al Vaticano. Al llegar á la basílica de San Pedro bajó de caballo, siendo recibido por el Patriarca de Constantinopla revestido de los ornamentos pontificales. Entonces se encaminaron procesionalmente á la capilla del Santísimo Sacramento, donde los canónigos de San Pedro entonaron el *Te-Deum*.

Habiendo tributado una solemne acción de gracias al Dios de las victorias, el ilustre guerrero subió al Vaticano, donde le estaba aguardando Pío V rodeado majestuosamente de los cardenales. Apenas Colonna llegó á la presencia de su Santidad, puesto de rodillas inclinó su frente para imprimir un afectuoso beso sobre su santo pie; mas el Pontífice apresurándose á levantarlo, lo estrechó con efusión en su seno.

Cuando salió del palacio pontificio resonaron por los aires las aclamaciones de un inmenso pueblo que fueron acompañadas del estruendo de la artillería y del sonido de las campanas. Para el día siguiente habíase preparado una nueva fiesta toda religiosa en la iglesia de Araceli, á donde se dirigió el vencedor acompañado por toda la nobleza romana, para asistir á la misa solemne de acción de gracias y oír la elocuentísima oración del célebre Marco Antonio Mureto, en alabanza de la gran virtud de Pío V, de la intrepidez de los capitanes, del valor de los soldados que se habían encontrado en la batalla y de la importancia de la victoria alcanzada.

Dió fin á la solemnidad Colonna ofreciendo á la Virgen Santísima una columna de plata, insignia de su noble familia, sobre la cual en bajo relieve veíase figurada la famosa victoria que Dios había concedido á los cristianos contra los turcos. Añádase que queriendo el pueblo romano conservar eternamente la memoria del triunfo, mandó colgar en la iglesia de Sta. María de Araceli varios trofeos.

Muchos otros gloriosos triunfos había presenciado Roma en distintas ocasiones, pero éste fué celebrado con una esplendidez y magnificencia superiores á todo encomio. En efecto, si consideramos al enemigo derrotado, era éste uno de los más terribles de que hacen mención las historias. Si se atiende á la victoria, fué ésta de las más admirables. No han faltado escritores que confrontando entre sí el famoso combate naval de Octaviano en el cabo de Anzio y el de Lepanto, no vacilan en ase-

gurar, apoyados en sólidas pruebas, que el último fué superior á aquél.

Si bien no cabe duda que el ejército de Marco Antonio era considerado como muy poderoso por componerse de ochocientas naves, incluidas los transportes, y de cien mil soldados de infantería y doce mil de caballería, con todo no dejaba de ser inferior en condiciones al ejército de Selim, príncipe de los turcos, porque dominando éste en una gran parte del globo, en Asia, África y Europa, pudo sacar de tantos dominios un número infinito de combatientes. Véase pues claramente que los venecianos debieron combatir con un enemigo muy temible. En cuanto al número de buques, Marco Antonio sólo disponía de quinientos para entrar en combate y aun en su mayor parte eran buques pequeños; y esto se comprende fácilmente si se atiende á que dichos quinientos buques solo llevaban veinte y dos mil infantes y dos mil arqueros.

La armada turca empero se componía de 230 galeras reales y 60 galeotas, todos buques de grandes dimensiones y llenos de bravos soldados, sin contar las fragatas, bergantines y otros buques más reducidos. De esto se deduce que bien considerada, la batalla de Lepanto ha superado la antigua. En cuanto á la calidad de las armas y de la lucha no cabe duda que el arte moderno de hacer la guerra es más terrible y espantoso que el antiguo. En la batalla de Octaviano murieron cinco mil hombres y se cogieron trescientas naves, mientras que en el reciente en el solo espacio de cinco horas murieron acuchillados, bajo el fuego de

la artillería ó ahogados en el mar veinte y cinco mil hombres de sólo el ejército turco, como dejamos referido al principio.

Por último los resultados han sido muy diversos. Entre aquellos dos procónsules la guerra estaba reducida al círculo de la ambición humana, mientras que la nuestra entre los pueblos del Islamismo y los de la Cruz debía poner fin á la prolongada lucha de la civilización con la barbarie, de la libertad con la esclavitud. Y si tan grandes fueron las demostraciones de los pueblos para con los caudillos de aquella armada, ¿cuáles habrán sido las que se prodigaron á aquel á quien principalmente se debía la gloria de tan insigne victoria? ¿Qué ovaciones podían ser bastantes á aquellos dos personajes, de los cuales el primero ideó la empresa y el segundo llevó á cabo con tanta sabiduría sus designios?

CAPÍTULO XI

El hombre de la Providencia

Albina, profundamente conmovida con la piadosa narración que acababa de hacerle su abuela de los dos mártires, lloraba interiormente considerando á su padre muerto en Lepanto como un héroe de la iglesia. Y esta piadosa creencia manifestóla un día á su abuela, que la afirmó en ella diciéndole: Querida hija

mía, con razón te enorgulleces á impulsos de tu piedad de haber sido tu padre víctima del turco. El obedeció á la voz del santo Pontífice Pío V, venerado en toda la cristiandad por su extraordinario celo y eminente doctrina. Ya te conté las glorias de nuestra casa: ahora quiero manifestarte en la vida de este Papa la gloria brillantísima de nuestra Religión; porque así como te fué de no poca satisfacción la historia de dos parientes nuestros mártires por Cristo, así al oír la del magnífico Pío envidiarás la suerte de tu padre, que tan intrépido acudió á la invitación del santo anciano.

Así fué como el poco tiempo que á Albina quedábale libre de los amorosos cuidados que prodigaba á su madre enferma, lo empleaba en escuchar los admirables hechos de aquel hombre de la Providencia.

—«Hija mía, en toda la vida de Miguel Ghislieri, que tal era el nombre de Pío V antes de ser elevado á la cátedra de Pedro, se descubre la mano de Dios, que lo condujo paso á paso á aquella soberana dignidad, y lo hizo firme baluarte de la Iglesia y salvador de Europa. Nació en Bosco, junto á Alejandría, de pobres padres, y pronto se hubiera dedicado á un arte mecánico con que ganarse el sustento, si Dios no hubiese dispuesto el encuentro del joven con dos Padres de santo Domingo. Estos al descubrir en Miguel un profundo talento, rara modestia y genio vivaz, se ofrecieron á conducirlo al vecino convento de Voghera para que se dedicase al estudio.

Contentísimo el joven de verse prevenido

en el cumplimiento de un secreto deseo de su corazón, aceptó con alegría su ofrecimiento, y todos los sentimientos de la naturaleza parecían ceder en aquel instante á la voz de Dios. Corrió á sus padres y obtenida su bendición, cogiendo del hábito á uno de los religiosos, los siguió con paso resuelto y generoso.»

Al oír estas palabras, lloraba de ternura Albina acordándose como á ella también la había guiado á aquel palacio por sendas admirables la misma providencia de Dios, padre de la viuda y del pupilo: estrechó la mano de su anciana abuela y luego se calmó para oír la continuación de la historia.

«Fué Miguel de un ingenio despejado y muy amante del estudio, mereciendo ocupar las cátedras de filosofía y teología y llegando á ser un defensor invencible del catolicismo contra las nuevas doctrinas, que en nuestros días asolan la Iglesia. Verdad es, Albina, que Dios permite que la Iglesia sea combatida; pero á los torrentes de errores é iniquidades vomitados por el infierno opone siempre un dique en esas falanges de valientes que El levanta.»

Y tenía razón la anciana matrona, porque al parecer la infausta época en que Lutero venía á arrebatár del seno de la Iglesia católica á tantos de sus hijos, Dios la engrandecía con una brillantísima serie de héroes. Santo Tomás de Villanueva refloraba en S. Pedro de Alcántara, S. Félix de Cantalicio, S. Felipe Neri y S. Carlos Borromeo: S. Ignacio en S. Francisco Borgia: S. Francisco Javier en S. Juan de Dios: S. Luis Gonzaga nacía para recoger el último suspiro de S. Estanislao de

Koska : Sta. Verónica reaparecía en Sta. Catalina de Riccis y en Sta. Teresa.

Desempeñó Ghislieri en varios conventos el cargo de Prior, dando en todas partes pruebas inequívocas de su celo, tanto en la estricta observancia de la regla, como en la exacta asistencia al coro. Dedicado á llevar á los pueblos la palabra de Dios, adquirió fama de verdadero predicador evangélico. Muchas personas de elevada posición lo eligieron para director de sus conciencias, entre las cuales merece contarse el marqués del Vasto, gobernador del estado de Milán. Para dirigir el alma de este ilustre personaje, el P. Miguel tenía que emprender un viaje de siete leguas, que hacía siempre á pie y con las alforjas al hombro.

Entretanto los protestantes habían convertido la Italia en centro de sus miras: sus escritos malignos y llenos de calumnias contra el catolicismo circulaban á millares. Reuniéronse los cardenales para deliberar sobre los medios capaces de disipar el contagio antes que toda Italia quedase inficionada. Resolvióse nombrar un delegado y la elección recayó sobre el P. Miguel, que fué enviado á Como en calidad de inquisidor. Son indecibles las fatigas que sostuvo y los peligros que corrió para impedir que la herejía, que ya había infestado la Valtelina y algunos cantones de la Suiza, no hiciera progresos en Lombardía. Sin una especial protección de Dios hubiera muerto á manos de los mismos herejes en aquel mismo lugar, en donde en otros tiempos los Maniqueos habían asesinado á S. Pedro, otro

hijo glorioso del patriarca Santo Domingo. Hasta en la misma Roma no faltó quien al verlo tan mal aseado, lo tomó por un vagabundo. Pero la reducida celda que habitó Fray Miguel y que el prior se había creído cederla á un aventurero, debiera haberse convertido en un oratorio digno de ser venerado por la piedad no sólo de los romanos, sino de los extranjeros.

Nombrado comisario del Santo Oficio, son admirables los rasgos de misericordia que su ardiente caridad prodigó. El más brillante de estos ejemplos se nos presenta en la historia de Sixto de Sena.

Había éste nacido en el judaismo y á los veinte años abjuró solemnemente sus errores. Su raro talento y profundo conocimiento de la lengua hebrea le grangearon bien pronto gran celebridad. Admitido entre los profesores de las principales Universidades de Europa, ocupó los principales puestos hasta la edad de treinta años. Mas los aplausos con que era saludado en todas partes lo hicieron tan orgulloso, que el infeliz, entregándose á varios excesos, obligó á que lo depusiesen de la cátedra. Una segunda abjuración le mereció el perdón; pero cayendo bien presto en nuevas maldades, fué encarcelado y condenado á muerte.

Entonces el piadoso padre penetró en la lóbrega cárcel de Sixto, lo exhortó, lo instó, lo convenció, lo indujo á vivir en la penitencia y amor de Jesucristo. En seguida logró para el preso la absolución de toda pena. Pocos meses habíanse transcurrido, cuando vió Ghislie-

ri que no en vano había derramado lágrimas de compasión sobre aquel infeliz. Fr. Miguel recibió á Sixto en la Orden de Santo Domingo.»

Después de haber referido la abuela cuanto hizo Miguel como obispo, primero de Nepi y de Sutri, después de Mondovi y también como cardenal; había llegado á la época memorable en que habiendo muerto Pío IV, era elegido Ghislieri para sucederle. Albina se complacía en escucharla y sentía crecer en su corazón el santo orgullo de que su padre hubiese muerto en una batalla promovida por el hombre de la providencia.

«Entonces pudo observarse, continuó la piadosa Justiniani, cómo Dios quiso anticipar á su país natal la alegría de su exaltación á la cátedra de San Pedro, porque habiendo el correo, que llevaba la noticia á Francia, encontrado un obstáculo en el pueblo de Bosco, tuvo que detenerse algún tiempo, durante el cual se divulgó la fausta nueva.»

Tales y tantos fueron los ilustres hechos del pontificado de Pío V, que para hacer ver su gran importancia, interrumpiremos el diálogo entre Albina y su abuela para continuar después el hilo de la narración á su debido tiempo.

Los primeros días del pontificado de Pío V fueron señalados con pruebas de su extraordinaria liberalidad. Desde luego se dedicó á promover la reforma de costumbres, y en sólo siete años de pontificado hizo tales esfuerzos, que las bulas que promulgó para la observancia del Concilio de Trento y de la disciplina

eclesiástica ó para otras reformas de importancia llegan á 151.

Para hacer duraderas tales obras convenía debilitar el poderío de aquel enemigo, cuya espada amenazaba el exterminio y la muerte á los adoradores de Cristo. Había en la Iglesia una Orden de caballería cuyas victorias habían dado un claro testimonio de su fe, no menos que de su valor. Poseía esta Orden la isla de Malta, cedida por Carlos V á tan esforzados caballeros. Los turcos temían á tan famosos campeones y bajo el mando de Solimán parecía que habían jurado su ruína. En 1565 este príncipe, fuerte de 158 galeras y muchos otros buques avanzó contra la isla y por espacio de cuatro meses estuvo atacando la capital. Sólo el genio del gran maestre Juan de La Valette con sus caballeros pudo resistir, haciendo prodigios de intrépido valor en tan formidable sitio y obligando á los infieles á huir vergonzosamente. Con todo, la ciudad de Malta ya no presentaba la magnificencia de la antigua fortaleza, sino un montón de escombros. De aquí es que los beneméritos caballeros de Jerusalén, en medio de la gloria con que los había coronado el triunfo alcanzado, temblaban por la suerte que les aguardaba.

Mas el hombre de la providencia no pudo consentir que cayese en poder de los turcos aquel baluarte de defensa para la Italia contra los infieles. Escuchó las súplicas del gran La Valette y con su prodigiosa actividad le envió tres mil soldados: envióle también cuantiosas sumas de dinero recogidas de Francia é Italia: movió á Felipe II, rey de España,

que le socorriese con cuatro mil soldados y tres mil gastadores. Así fué como no sólo se puso la isla en estado de defensa de las agresiones de los turcos, sino que se vieron levantar aquellas majestuosas y terribles fortificaciones que abatieron la pujanza de los enemigos aun en otros tiempos. En efecto, Selim II, heredero no menos del imperio de Solimán que de su odio contra los cristianos, no se atrevió á exponerse á un ataque; y la flota otomana debilitada, al pasar en su regreso á Constantinopla á la vista de Malta hecha inexpugnable, mostró de cuánto los cristianos eran deudores al Sumo Pontífice. Si aquella fortaleza hubiese sido abandonada, de seguro que los caballeros de Malta no hubieran podido combatir tan denodadamente en Lepanto, y la historia no registraría en sus páginas ni aquella gloriosa derrota de los turcos, ni las sucesivas victorias de los cristianos. Los bárbaros no cejaban un momento en su plan de arrojar de la isla á los hijos de la Cruz; pero éstos veíanse seguros al amparo de las fortificaciones levantadas por los desvelos de Pío V.

Puede muy bien decirse que la Providencia suscitó en este Papa al enemigo más temible de la imponente fuerza de los turcos. No bien éstos ocuparon las fortalezas de Pancor, Seva, Donor, Erden y Aitnaschen, aprovechándose de la discordia entre Juan, rey de Hungría, y el emperador Maximiliano, cuando el Pontífice mandó al célebre cardenal Commendone, su legado en Alemania, que hiciese todos los esfuerzos posibles para indu-

cir á los príncipes del imperio á que firmasen una estrecha alianza con el Emperador, al cual remitió él una buena cantidad de dinero. Todas las miras se dirigían á detener los pasos de aquellas hordas salvajes, que no conocían otra ley, que la que imponían con su cimitarra, y debilitar aquella fuerza temible, que, moviendo una guerra furiosa á la cruz, sólo anhelaba rasgar y pisotear el augusto lábaro, bajo el cual descansa segura la verdadera civilización de los pueblos. Así fué cómo los santos desvelos del Padre común de los fieles movieron al duque Feliberto de Saboya, á Alfonso de Este, duque de Ferrara, á Cosme de los Médicis, duque de Florencia, al duque de Mántua y á las repúblicas de Génova y de Luca á enviar oro y tropas en auxilio del Emperador.

Entonces entró Solimán con sus innumerables tropas en Hungría y se apoderó de Alba Julia en la Transilvania. La conquista de esta ciudad, tenida por inexpugnable, hinchó de orgullo á Solimán, quien pensando encontrar igual facilidad en la rendición de Siguet, fortaleza situada en los confines de la Croacia y Hungría, le puso sitio; pero dentro se había encerrado el conde de Sdrino con su decidida guarnición, que supo resistir hasta la última gota de sangre. El sitio costó á los bárbaros más de treinta mil hombres. El mismo Solimán no pudo menos de admirar lleno de estupor tan heroica resistencia, no sabiendo disimular cuanto más temor le infundían las oraciones de Pío V que todas las tropas que defendían la plaza: tan omnipotente era la





El sitio costó á los bárbaros más de treinta mil hombres.

oración en los labios de aquél, que era un enviado del cielo. Muy poco vale la ambición de los hombres y las espadas de los soldados al lado de aquel que debilitado por los años se presenta revestido de una misión divina.

Si hubo alguna época en que se renovasen contra los cristianos los más atroces tormentos inventados por los emperadores idólatras, fué sin duda cuando los moros incitados por Selim II invadieron el reino de Granada pá-sándolo á sangre y fuego.

Al oír el paternal corazón de la suprema cabeza de la Iglesia tales excesos, vióse obligado á excitar de nuevo al rey Felipe, que en un principio no había hecho caso de sus saludables avisos. Reflexionó finalmente y resolvió aprovecharse de los consejos de tan santo varón, castigando á los sacrílegos y arrojándolos de España. Los moros en una sangrienta batalla, después de haber perdido á su caudillo Aben-Abar, se dispersaron de tal suerte que no les fué posible reunirse más. La total destrucción de los moros en España fué, pues, debida especialmente á las exhortaciones, ayunos, oraciones y desvelos de Pío V.

Mas la cristiandad de aquellos tiempos, tan tristes y borrascosos, no se veía menos vejada de la tiranía de los bárbaros que desgarrada por la perfidia de los herejes, y contra éstos luchó también infatigable nuestro Pío V. Nada diremos del Nuncio expedido por S. Pío V al rey Enrique II de Francia, instándole á reprimir y extirpar á los Hugonotes: nada de los cuidados con que el Papa aseguraba la ciudad de Aviñón y el condado Venasino, librán-

dolo de las artes y violencia de los herejes: nos contentaremos con recordar la famosa victoria alcanzada sobre los Hugonotes.

Sordos Carlos IX y la reina regente su madre á los avisos que les enviara el Pontífice, vióse la Francia ensangrentada por las armas de los herejes. Parecía que la guerra más bien que á los hombres se hacía al mismo Dios. No respetaron las cenizas de Luís XI y de Francisco II, demolieron iglesias, derribaron altares, saquearon las alhajas sagradas, quemaron las reliquias de los santos, destruyeron las cruces, y violaron las vírgenes. Pío V, conmovido por tan inaudita barbarie, envió al rey cincuenta mil escudos y un refuerzo de quinientos caballos y cinco mil infantes. Luego se dirigió con vivo interés al rey de España y á los príncipes de Italia, los cuales movidos de las calurosas instancias del Pontífice se armaron para defender á la Francia y unieron sus tropas á las del Papa.

La primera ocasión que se les presentó para distinguirse fué la batalla de Jarnac, en donde contribuyeron á la victoria obtenida sobre los rebeldes por el duque de Anjou, generalísimo del ejército del rey su hermano, á los 12 de marzo de 1569. Este hecho de armas fué brillante por la muerte del príncipe de Condé, jefe de los Hugonotes, de ochocientos nobles y cuatro mil prisioneros, entre los cuales contábanse muchas personas respetables. A pesar de esto no desistieron los Hugonotes, y habiendo recibido un refuerzo de gente, probaron de nuevo la suerte de las armas contra el duque de Anjou.

En ningún choque brilló más el denuedo y bizarría de las tropas pontificias que en la famosa batalla de Moncontorno, en la cual el Duque fué coronado por una estrepitosa victoria el día 3 de octubre de 1579, quedando muertos más de doce mil enemigos de infantería y mil quinientos de caballería.

Graves turbulencias tuvieron lugar en los Países-Bajos, en donde los herejes cometieron espantosas atrocidades. Por insinuación del Sto. Padre, Felipe II envió á combatir tales excesos al Duque de Alba, que auxiliado por grandes sumas de dinero y tropas enviadas por Pío V, salió al encuentro del Duque de Orange, que venía de Alemania á la cabeza de veinte mil hombres y nueve mil caballos, obligándolo á retirarse, después de haber perdido su retaguardia al pasar el río Geet y dejado en poder de los católicos diez y seis cañones y veinte banderas.

No cerraremos este cuadro que acabamos de bosquejar sobre las gloriosas empresas de Pío V sin apuntar ligeramente los esfuerzos que hizo para salvar á María Estuardo y á Inglaterra oprimida bajo el tiránico yugo de Isabel. Esta hija de Enrique VIII subió al trono después de la muerte de María Tudor, hija del mismo Enrique y de su legítima esposa la infeliz Catalina de Aragón. La crueldad, el fraude, el perjurio la acompañaron en su largo reinado, y M. Tarweld en su Historia, de la cual sacamos estas noticias, no vacila en llamarla «la más pérfida mujer que jamás ciñó corona». Verdad es que al principio lo disimuló, y aun bajo las bóvedas de la anti-

gua Westminster en el acto de su coronación juró *mantener la Religión católica*, que la buena María había restablecido en su brevísimo reinado: puso sobre el altar el acta de tan solemne promesa, firmada de su propia mano, y en confirmación de la sinceridad de su juramento quiso recibir la santa Eucaristía; pero apenas vió asegurado el cetro en sus manos, que se dejó ver tal cual era realmente. A las insinuaciones de Guillermo Cecil, que para ella fué otro Cromwell, puso en vigor las tiránicas leyes de Enrique y de su sucesor Eduardo VI, en virtud de las cuales todo súbdito inglés estaba obligado bajo gravísimas penas de confiscación de bienes muebles é inmuebles, cárcel y hasta de la muerte á reconocerla por soberano Pontífice. No hubo injuria, calumnia, opresión que bajo la égida de aquella ley no se emplease contra los católicos, y puede decirse que en aquel infeliz reino se renovaron las persecuciones de los primeros tiempos del cristianismo. Ochocientos católicos fueron degollados de una sola vez, y desde el 15 de julio hasta el 31 de agosto de 1580 cincuenta mil fueron acusados, encarcelados y despojados de sus bienes por *no haber asistido á las ceremonias y sermones de los ministros protestantes*.

No satisfecha Isabel con tan rabiosa persecución contra sus súbditos católicos, procuraba con armas y dinero la propagación de la heregía en los Estados de sus aliados. Sus astutos ardides dirigíanse principalmente á la vecina Escocia, en donde reinaba la muy desgraciada María Estuardo, á quien aborrecía

por su rara belleza y mucho más por ver personificadas en ella la legitimidad y el catolicismo.

Haciendo traición á los santos derechos de la hospitalidad que la infeliz María le había pedido, la hizo prisionera, y acusada de alta traición por medio de un infame rodeo, Isabel le *negó un abogado que la defendiese*. Protestó ésta ante sus consejeros de encomendarse con fervor al Espíritu Santo para que la iluminase, y el hipócrita Lord Croft, para darle gusto, propuso hacer imprimir una fervorosa oración para recitarse públicamente, á fin de que Dios se dignase disponer el corazón de la *bondadosa Reina* á firmar la sentencia de muerte de la *pérfida* María. Cuando á los 8 de febrero de 1587 le fué cortada la cabeza, Isabel no se avergonzó de protestar á la faz de Europa, que María había sido ejecutada sin su consentimiento, é hizo morir en la cárcel á Davisón su Secretario, al cual ella misma había dado orden de ejecutar la sentencia firmada de su propio puño, y mandó que se llevase luto en su corte.

Entre tanto Pío V, que no había cesado de recomendar con vivas palabras la infeliz Estuardo á los príncipes católicos, y que varias veces la había animado con sus cartas paternales á sufrir, trabajó mucho en asistir á los católicos contra Isabel. Expidió nuncios á todos los príncipes cristianos, exhortándolos y animándolos á tomar las armas á favor de la Religión y al mismo tiempo no dejó de socorrer con dinero á los ingleses desterrados y de consolar á los presos proveyendo á sus ne-

cesidades. Después procedió á lanzar el terrible rayo de anatema con una ceremonia solemne y sagrada, pero al mismo tiempo tremenda, en Roma á 5 de marzo de 1569. Impresa por orden suya la terrible sentencia, encontró el medio de hacerla pública en Londres por medio de Ridolfi, si bien no dejó de costar la vida á Juan Feltón, que fué sorprendido y preso en el acto mismo de fijarla en la puerta de una iglesia.

Todos estos sucesos fueron explicados compendiosamente en varias ocasiones á Albina por su abuela. Dígnense nuestros corteses lectores perdonarnos, si nosotros hemos sido demasiado prolijos en describir algunos rasgos de la historia de S. Pío V. Mucho se complace nuestro corazón católico en recordar las glorias del Pontificado. Permítasenos, pues, añadir una breve noticia biográfica de D. Juan de Austria, que en varios sucesos supo con tanto acierto secundar los designios de Ghislieri.

CAPÍTULO XII

El discípulo de Quejada

En el año 1570 vivía en España un joven desconocido, que ni él mismo conocía á su familia. Un viejo llamado Quejada lo había educado con la más amorosa solicitud y lo miraba como á uno de sus hijos. D. Juan, que es-

te era su único nombre, á la gallardía de su persona reunía unas maneras nobles y una agilidad admirable, tal que era reputado por el más diestro en el manejo de la lanza y de la espada. Generoso y caballero conocía bien el arte difícil de atraerse los corazones.

Un día en que Felipe II se fué á cazar en un bosque cercano á la ciudad de Valladolid, en donde hallábase reunida la corte de Castilla, el viejo Quejada condujo su discípulo á aquella reunión, como para hacerle gozar del espectáculo que presentaba; pero cuál fué el estupor de D. Juan cuando el mismo Rey llamándolo por su nombre de en medio de la multitud que lo rodeaba, le mandó que se acercase, haciendo señas á sus cortesanos de que se retirasen. Al instante bajó el joven de caballo y puso una rodilla en tierra para hablar al Rey con el respeto debido, pero éste levantándolo, le dijo: Hijo mío, tú perteneces á la más noble familia del reino, pues el emperador Carlos V es tu padre y el mío. Dejo á tu consideración, cortés lector, la impresión que causó en el ánimo del joven un tal anuncio. Al principio parecióle que no había entendido las palabras del Rey, pero cuando éste le dió en alta voz el nombre de hermano, mandando á sus cortesanos que lo respetasen como á tal, D. Juan comprendió por fin que no era aquello una ilusión.

Efectivamente, aquel joven, educado con tanto celo y misterio por el prudente Quejada, era hijo natural de Carlos V, y desde aquel instante distinguióse con acciones llenas de nobleza y valor.

Felipe II lo envió en 1570 contra los moros, y D. Juan, á la cabeza de algunos batallones españoles, que en otros tiempos habían combatido bajo el mando de su padre en Mugalberg y Flandes, los atacó y derrotó en varios encuentros y recobró las ciudades de que se habían apoderado. La alta reputación que D. Juan adquirió en esta guerra lo hizo escoger para generalísimo de la armada contra los turcos, y la derrota que estos sufrieron fué debida, después de Pío V, al valor y pericia de los caudillos venecianos y á la intrepidez de D. Juan, que fué el primero en asaltar el navío del almirante turco, á quien mató con su propia mano, y levantando su cabeza clavada en una pica, anunció así á los musulmanes que ya no tenían jefe.

Dícese que apenas se esparció el feliz éxito de la Batalla de Lepanto, el Papa Pío V, pronunció estas palabras: «Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan.» Entonces toda Europa aplaudió con frenesí al joven guerrero, de modo que un historiador escribió así: «Cada nación ensalza sólo á sus héroes y pasa por alto á los de los demás pueblos. Don Juan, como defensor de la cristianidad, era el héroe de todas las naciones». Era comparado con el emperador Carlos V, de quien era un fiel retrato en fisonomía, valor, genio y celo por la religión.

Después recorrió con una escuadra la costa de Africa pasando por Túnez, Bisesta y otras plazas, y mientras se ocupaba en formar un estado de cosas duradero, fué llamado á defender el Milanesado, amenazado por los

franceses. En 1576 volvió á España y de nuevo fué enviado á Flandes con el título de gobernador de los Países-Bajos. Llegó allí el día 4 de noviembre de 1576, precisamente el mismo día en que los españoles saqueaban Anversa. Para quitar todo vano pretexto de turbulencias, se decidió á entrar en vías de moderación: mandó salir de los Países-Bajos á los regimientos españoles y firmó las condiciones que le presentaron los Estados. Mas viendo que la dulzura sólo servía para alentar á los sublevados, se apoderó de la ciudadela de Namur, guarnecida entonces por tropas flamencas y á la llegada del célebre Alejandro Farnese, príncipe de Parma, jefe de un ejército español, atacó á los rebeldes en la llanura de Gemblour y los dispersó totalmente. Esta victoria fué la última en la vida del joven héroe. Murió cerca de Namur el 1 de octubre de 1578. Este fervoroso católico parece que fué víctima de una traición.

Aunque no aparece bien clara la sospecha de que la muerte de este esforzado guerrero hubiese sido acelerada por el veneno, con todo, cartas dirigidas por Alejandro Farnese á su padre Octavio nos aseguran que, como en todas partes, no faltaba quien ponía asechanzas á su vida.

Cualesquiera que sea la causa de la prematura muerte de D. Juan, lo cierto es que nunca fué tan llorada la pérdida de un capitán, como la del muy célebre héroe de Lepanto.

CAPÍTULO XIII

El Obispo de Scio

La historia de Pío V había adormecido casi del todo el dolor de Albina por la pérdida de su padre, y si bien el lastimoso estado de su madre no cesaba de entristecerla, con todo la esperanza de su curación creció en ella con la relación del glorioso martirio de los jóvenes Justinianis.

—¿Y queréis que yo desespere, dijo ella, cabalmente ahora que sé que mi madre deriva de sangre de mártires, y que nuestra familia ha dado prendas de amor á aquel Dios que no deja sin recompensa una sola gota de agua dada en su nombre? ¡Ah!, ¡primero moriría que desconfiar! Todo, sí, todo me alienta: la bondad de Dios, la protección de María y la intercesión de aquellas almas generosas, cuya historia poco ha me habéis relatado... Sí, sí: mi madre curará.

—¡Dios te oiga!

—¡Oh, buena madre mía!; si lo queréis, iremos las dos á postrarnos á los pies de nuestra Señora de la buena Esperanza, en aquella capilla en que después de tan terribles pruebas he encontrado mis primeros consuelos, y no nos separaremos de María sin ser oídas. ¿Podrá ella desechar nuestras preces cuando vos la

invocaréis en nombre de aquel amor que profesó á Jesús y yo en el de que Jesús tuvo á ella? Yo renovaré mi voto y juraré presentarle todas las vigiliás de sus festividades los más ricos ramilletes de flores.

—Hija mía, si mi Eleonor recobrase la salud, las primeras rosas que tú ofrecerás á la Virgen santa serán de diamantes y los botones de perlas orientales... yo te lo prometo.

El piadoso coloquio fué interrumpido por un rumor confuso. Albina y su abuela se levantaron y al dirigirse á la espaciosa galería, encontraron rodeado de familiares y de un numeroso séquito de oficiales de la casa á un anciano que se adelantaba hacia ellas. La patricia lo reconoció al instante y corriendo á su encuentro se echó de rodillas á sus pies; pero él la levantó y estrechando sus manos exclamó lleno de ternura:

—¡Hermana mía, carísima hermana! bendito sea el Señor, que me ha concedido el verte de nuevo. Yo ya no esperaba tener este consuelo en la tierra.

—¡Oh, hermano!, parece que la bendición del cielo entre con vos en mi casa. Ven, querida Albina, ven á besar las manos de tu tío, el obispo de Scio. Sí, caro hermano, aquí tenéis á la única hija de mi Eleonor.

—La gracia de Dios sea contigo, hija mía, añadió el obispo. Sin haberte visto jamás, rogaba á menudo por ti, dirigiendo mis súplicas al cielo por aquella familia que no esperaba ver jamás. Yo derramé las aguas saludables del bautismo sobre la frente de tu madre: yo la admití por primera vez á recibir el pan

eucarístico. ¡Oh! ¡cómo te le asemejas! ¿y dónde está?

—Hermano, dijo la señora, hermano, ya sabréis cuanto ha sucedido después de tan larga ausencia. Mas vos tenéis necesidad de descansar de las pasadas fatigas: venid, pues, á tomar posesión de vuestra casa paterna, venid.

El obispo, antes de seguir á su hermana, se volvió hacia los antiguos domésticos que lo contemplaban con atónita sorpresa, cual si lo hubiesen visto volver de muerte á vida: dirigióles algunas palabras de cariñosa amistad, los bendijo y dirigiéndose después á las dos señoras les dijo:

—He aquí, hermana mía, el efecto de un largo y penoso destierro. Todo me parece extraño en este lugar en otro tiempo tan conocido: soy forastero entre los míos: ignoro los nombres, la edad y la suerte de vuestros hijos: no sé si vuestro marido y hermano mío vive aún: el luto de los vestidos me anuncia una nueva pérdida; mas el dolor que para ti es antiguo, es para mí al contrario reciente y fuerte. Después de tantos años se han roto ya todos los lazos de la tierra y Dios no me ha dejado otros parientes, amigos, ni tesoros que á Sí mismo.

Cuando se hubo cumplido con los primeros deberes de la hospitalidad, la señora Justiniani tomó la palabra y dijo:

—Hermano mío, contadme ahora la feliz aventura que os ha conducido á la patria. No esperaba yo tanta dicha acá en la tierra: sabe Dios qué consuelo ha derramado en mi alma con esta gracia. ¿Pasaréis lo restante de vuestros días en nuestra compañía?

—No, hermana, replicó el obispo: y luego dió principio á la narración de su historia.

«Los moradores de la Isla de Scio, situada en el mar Egeo, vivían en paz con los infieles á quienes pagaban el tributo ordinario, y de ahí es que vivían tranquilos sin temor alguno. Sucedió, pues, que el general del ejército de Solimán, irritado por haber uno de sus esclavos encontrado asilo en ella, hizo presente á su monarca, cómo ofreciendo la posición de Scio un puerto de escala entre la Grecia y los mares de Italia, sería muy útil y conveniente el apoderarse de ella. Y aunque dicha isla, decía aquel caudillo, era aliada y tributaría del imperio, con todo, la intimidad que unía á los príncipes Justiniani con el rey de España y la república de Génova era motivo muy poderoso para tratarlos como enemigos y arrojarlos de la isla.

Por otra parte, Solimán buscaba un pretexto para vengarse de la derrota y retirada de los turcos en Malta. Por esto al partir de Constantinopla en dirección al reino de Hungría, dió orden al almirante de la flota, Piali, que se echase sobre la isla de Scio y se apoderase de todo el botín que pudiese caer en sus manos. Tuvo lugar este suceso mientras los habitantes estaban ocupados en la celebración de la Pascua. Yo mismo vi á los bárbaros penetrar en la iglesia y respirando rabia y furor llegar hasta el pie del altar, y fué entonces que tomando en mis manos la hostia santa invoqué la gracia del Señor, resuelto á morir mil veces antes que sufrir la más mínima profanación. Retrocedieron los turcos, como abrumados

de un respeto sobrenatural; pero no tardaron mucho en desahogar su crueldad contra los príncipes y súbditos. Toda la familia Justiniani fué conducida prisionera á Caffa donde los dos tiernos príncipes recibieron la palma del martirio.

Solimán era el primer sultán aliado con la corte de Francia y Pío V se apresuró á escribir á Carlos IX, suplicándole interpusiese todo su influjo á favor de los cristianos. El Rey no dejó de patrocinar la causa de los Príncipes, que fueron puestos en libertad. Agradecidos éstos al Sumo Pontífice, resolvieron fijar su domicilio en Roma. Mas yo no tuve valor para abandonar bajo el yugo de los musulmanes á mi querida grey. Obtuve permiso de entrar en Scio, pero no se tardó mucho en tener que presentarme de nuevo en Constantinopla, para defender á mi pueblo. De regreso á Scio con un corazón lleno de esperanzas, creía ver á mis fieles reunidos en torno de su Pastor y al Pastor conduciendo al aprisco las almas perdidas entre las tinieblas del error; pero una secreta presunción de mis fuerzas hizo inútil el celo que sentía por mi Dios. Entonces vi que no era yo digno de conservar en la pureza de la fe á aquellos, que Dios había confiado á mis cuidados y menos aun de alcanzar la conversión de aquellos desgraciados infieles; y en el deplorable cambio de un pueblo que me era tan querido encontré el castigo de mis faltas. Mis fieles habían sucumbido bajo el peso de duras pruebas abrazando la religión de los vencedores, cual si fuese la del Dios verdadero. Llenóme esto de honda

amargura: mis ojos eran todos los días testimonio de los ultrajes que el Señor recibía en su mismo templo. Las profanaciones y los sacrilegios herían mi angustiado corazón, sin que mi voz pudiese ya desde entonces detenerlos. ¡Ah! si yo solo hubiese sido el blanco de los insultos de aquellos blasfemos, si aquellos apóstatas solamente hubiesen descargado sobre mi cabeza el furor que el infierno había encendido en sus corazones, entonces yo me hubiera tenido por feliz de poder ofrecer mi vida en holocausto por ellos. Mas ¡ay de mí! que me vi condenado á presenciar tantos escándalos sin poderlos ni prevenir ni expiar.

Supo el Soberano Pontífice nuestras aflicciones y usando de aquella autoridad, ante la cual todo el mundo se inclina, me mandó abandonar á Scio, nombrándome al mismo tiempo obispo de Strongoli en la Calabria. Obedecí, y he aquí el motivo por el cual dando el último adiós á aquella isla á un tiempo tan ingrata y querida, tengo ahora el placer, después de tantas aventuras, de veros y permanecer algunos días entre vosotros antes de morir. Ahora tú á la vez, hermana mía, satisface una justa curiosidad: cuéntame algo de esta niña, explícame porqué ni á tu lado ni al suyo veo á mi sobrina Eleonor. Tengo ya noticia de la suerte que ha cabido al último de tus hijos en Lepanto muriendo por la cristiandad».

—Carísimo hermano mío, yo debo tomar las cosas desde más atrás y remontarme hasta la juventud de mi hija que tan brillante y afortunada aparecía entonces. ¿Vos que me visteis entonces, decid si no era yo una madre

feliz? Tal vez me envanecía demasiado con las prosperidades que el Señor derramaba á manos llenas sobre de mí, y de las cuales no supe dar las debidas gracias á aquel Dios á quien solamente es debida toda gloria. Lo cierto es que desde entonces he pasado por duras pruebas. Sea su santo nombre para siempre bendito y alabado. Mi marido, encargado por la Señoría de una misión importante cerca los trece departamentos, estuvo por largo tiempo ausente de mi compañía y yo aguardaba con ansia su regreso para resolver la suerte de mi Eleonor, cuya mano habían ya solicitado algunos patricios. Volvió por fin, pero no iba solo: iba acompañado de un joven alemán que fué admitido en nuestra amistad. Mi esposo me lo presentó bajo el nombre de Federico Hochfeldt, gentil hombre de Suabia, de distinguida reputación por los importantes servicios prestados á varios príncipes. Nosotros lo llamábamos D. Federico. Aquel joven parecía amable y bien educado: á pesar de esto la amistad con que lo trataba vuestro hermano, me causó mucha extrañeza, conociendo muy bien cuán parca y recelosa se mostraba la nobleza veneciana en conceder á un extraño la entrada dentro de sus muros domésticos. Obligada por un desasosiego interior atrevime un día á hacer algunas preguntas á mi marido sobre el tal personaje. «Conviene, me dijo él, prescindir de las costumbres y sabios usos de nuestros mayores: una sola palabra bastará para justificarme: D. Federico me ha salvado la vida».

—¡Cómo! exclamé asustada: ¡has corrido

un peligro que yo ignoro! ¿y quién, dime, quién ha tenido la osadía de atentar contra tu vida, contra ti que estabas encargado de una misión pacífica y en medio de un pueblo amigo?

—Aquellos, replicó él con un tono misterioso, aquellos sentencian y hieren en secreto, aquellos que de una sola palabra hacen un crimen y castigan con sentencia de muerte aquellas expresiones tal vez pronunciadas con irreflexión.

—¿Querrás tal vez hacer alusión á aquel terrible tribunal que tiene su asiento á la otra parte de los montes y que se arroga las atribuciones de la divina justicia, vengando delitos secretos y hasta los mismos pensamientos?

—Sí, replicó vuestro hermano, precisamente son esos jueces sanguinarios á quienes quiero aludir. Fuera de su dominio, puedo ya hablar con libertad, porque ningun súbdito del lazo y del puñal se atrevería á poner las manos sobre un patricio veneciano en su ciudad natal. Ahora escúchame con atención, querida Justina.

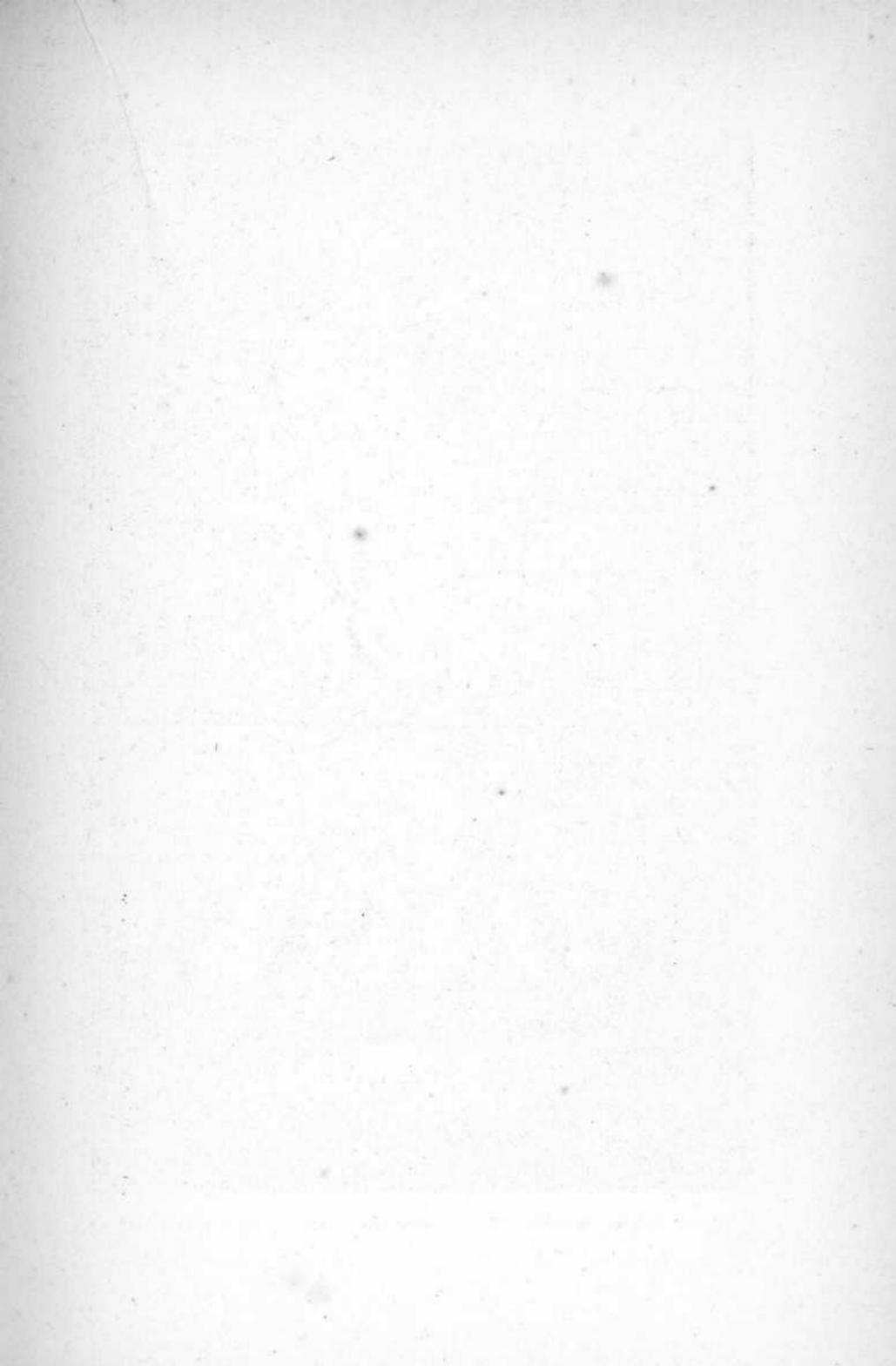
Pocos meses ha me encontraba en un banquete con el magistrado de Berna, la conversación se animó y se habló de aquel misterioso tribunal, se discutió la utilidad de la institución, que en varias ocasiones realmente ha suplido las insuficientes penetraciones de la justicia ordinaria y por el terror que inspira ha podido servir de freno al delito; pero que con mucha frecuencia ha sido un vil instrumento de venganzas particulares y ha oculta-

do bajo sus espesas tinieblas asesinatos y horrores sanguinarios. Yo hablé en alta voz contra aquellas abominables y tiranas instituciones que hollan las leyes de la naturaleza, destruyen los lazos más sagrados y hacen temer un traidor en el mismo hijo, en el hermano, ó en el amigo á quien se profesa un verdadero cariño. Mientras así hablaba, sentí que me tocaba la mano un joven que estaba sentado á mi lado y el cual me dijo en voz baja:

—Calla, si en algo aprecias tu vida: calla, porque el tribunal invisible en todas partes tiene orejas para oír y brazos para herir.

Ese joven era D. Federico. Agradecíle el aviso y me apresuré á despedirme de mi huésped. El día siguiente cuando á una hora avanzada de la noche volvía solo á la ciudad, después de haber dado un paseo por los montes vecinos, al tiempo de pasar cerca de un solitario bosquecillo, me vi de repente rodeado de una porción de hombres enmascarados que se me echaron encima, me quitaron la espada y me obligaron á seguirlos. Entramos en una calle subterránea que nos condujo dentro de una sala espaciosa, en la cual había un gran número de hombres que en medio de un profundo silencio estaban sentados en sillas cubiertas de negro. Quise protestar contra tan injusta violencia y reclamar la inviolabilidad de la sagrada persona de embajador; pero el presidente de aquella extraña asamblea se levantó y me dijo:

—Malvado, calla y respeta el augusto tribunal, ante el cual no sin motivo has sido conducido y el cual mira con ojo imparcial y rec-





.....me ví de repente rodeado de una porción de hombres enmascarados.....

to al príncipe lo mismo que al miserable. Tú has sido acusado de haber calumniado nuestra santa institución y es uno de nuestros hermanos quien te acusa. Hablad, acusadores, á las cuatro partes del cielo y á los oídos de los jueces libres de este tribunal y presentad las pruebas de vuestra acusación.

Levantóse entonces uno de los jueces y tomó la palabra. A pesar de tener el rostro cubierto con una máscara, parecióme reconocer la voz de uno de los convidados del magistrado, que el día anterior había escuchado sin despegar sus labios, mis reflexiones sobre aquel tribunal. Refirió extensamente y marcó con fuerza las palabras de reprobación que yo había pronunciado. Cuando dió fin á la acusación uno de sus consocios, sin darme ni siquiera tiempo de responder, habló en mi favor y expuso con energía todo lo que mi calidad de extranjero y no iniciado en sus misterios podía quitar de odioso á mi delito. Su palabra llena de nervio y contundente pareció convencer á los jueces ocultos, los cuales deliberaron entre sí y luego mandándome que me acercase, el presidente me dijo :

—Extranjero, da gracias al cielo de que se te perdone la vida: te hemos juzgado un necio, un imprudente, pero no un criminal. Vive, pues, para aprender á refrenar tu lengua y á respetar las instituciones de los países á que te acogieres. Sé prudente, teme al tribunal secreto y no pienses más en lo que has visto aquí.

En seguida me hizo señas de que partiera, y al verificarlo, observé sobre una mesa una

espada desnuda y un dogal, instrumentos de suplicio que se me tenían preparados. Un miembro del tribunal, el mismo que había hablado en mi defensa, estrechó mi mano. Apagáronse las luces y caminamos por entre la obscuridad hacia la entrada del subterráneo. Al despedirme estreché la mano del guía, y en sus dedos palpé un anillo en cuya piedra estaba profundamente grabada una cruz, enteramente semejante al que en el día anterior había visto en el dedo de D. Federico. Cuando fuimos en el umbral quitóse el guía la máscara de su rostro, que fué en aquel momento iluminado por un débil rayo de la luna: era el mismo D. Federico. No pronunció una palabra; pero pude observar que sus ojos me imponían silencio, y desapareció luego por entre las tortuosas sendas de aquel antiguo castillo. Entonces, regresando á Berna, di gracias á Dios por mi libertad y apresurándome á cumplir la misión que llevaba, partí sin comunicar á persona viviente mi aventura nocturna. Al tomar la dirección de Venecia, insté vivamente á D. Federico para que viniese conmigo, esperando poderle proporcionar una posición brillante en las tropas de la República. Aceptó y vino conmigo. He aquí explicada mi conducta: un reconocimiento misterioso, inviolable, me ha unido á este joven: le debo la vida y abrigo la esperanza de que él me estará obligado por su nuevo destino, más feliz que la vida errante de soldado mercenario que hasta el presente ha llevado.

En estas palabras, caro hermano, podréis ver el alma grande y generosa de mi marido;

pero no por esto me dejaban tranquila: la inclinación que Eleonor manifestaba á Federico, los cuidados que él se tomaba por ella, me hacían vivir sumamente inquieta. Sucedió, pues, precisamente lo que yo tanto temía. Mi hija rechazó muchos partidos nobles, que todos los días se le ofrecían y confesó á su padre que prefería el pobre Federico á los ricos é ilustres patricios de Venecia. Las lágrimas patrocinaron su causa, y mi esposo, seguro de la nobleza y valor del joven, no vaciló un momento en aceptarlo por yerno. Tales bodas me acarrearón muchos sinsabores, pues ya me figuraba á Eleonor conducida por su esposo lejos de la casa paterna y del amor y ternura de una madre. No tardaron en realizarse mis presentimientos: el carácter altivo de Federico, fomentado por el amor á la independendencia y á la guerra, provocaba sin cesar la fiereza veneciana de mi esposo: pronto sus disensiones nos hicieron derramar abundantes lágrimas y perturbaron el descanso nocturno, hasta que en un día malhadado estalló una fuerte disputa originada por una causa leve. Irritados entonces y sin hacer caso de las lágrimas de Eleonor ni de mis apremiantes súplicas, profirieronse palabras que jamás... ¡ah! jamás he podido olvidar.

—¡Oh! maldito sea el día, exclamó mi esposo, el día fatal en que entregué mi hija á un miserable mercenario.

—Federico se volvió pálido, sus ojos centellearon de furor y sus labios convulsivos balbucearon así:

—Maldecid enhorabuena tal día, ¡oh prin-

cipe! maldecidlo cuanto queráis; porque ya no veréis más á vuestra hija. Eleonor es mi esposa y me seguirá: yo lo mando.

Al pronunciar tales palabras, me rechazó con violencia y arrastró á mi hija fuera de la sala. Aquí ella se desprendió de sus brazos y se arrojó á sus pies prorrumpiendo en súplicas mezcladas de lágrimas; pero él la levantó, la estrechó en sus brazos de hierro, como podía hacerlo con un niño, y se la llevó precipitadamente consigo. Cuando yo llegué jadeante al borde del canal, solo pude ver una góndola que se deslizaba rápida por las aguas, en la cual el mismo Federico batía remos con vigor y tenía á sus pies á Eleonor vestida de blanco. Yo la miré y... se han pasado veinte años sin haber visto á mi Eleonor.

Los criados la siguieron inútilmente. Aquella misma noche Federico abandonó la ciudad: durante mucho tiempo estuvimos esperando noticias de nuestra hija, mas ora fuese por obedecer á las órdenes de su marido, ora que las cartas se extraviasen á causa de las vicisitudes de la guerra, lo cierto es que nada más supimos de una hija, que por espacio de veinte años había sido la niña de nuestros ojos y la alegría de la familia. Mi esposo murió de pesar, pronunciando hasta los últimos instantes el nombre de la hija que tanto había llorado. Yo sola he sobrevivido para llorar á toda mi familia mi esposo, mi hija, y mis hijos que ya habían muerto antes bajo los golpes de los otomanos: sólo me quedaba el último de mis hijos, siempre alejado de mí por servir á la patria.

Un profundo silencio sucedió á la narración.

Albina lloraba trayendo á la memoria sus padres: el obispo parecía que oraba, y la anciana señora, volviendo á tomar la palabra, refirió cómo había encontrado casi por un prodigio á sus dos hijas.

Entonces el obispo, volviéndose á Albina, le dijo:

—Mi querida joven, Dios ha querido probarte porque le eras muy agradable. Tu virtud se ha mostrado inquebrantable: loado sea Dios, que concede, como le place, á la más tierna edad los preciosos dones de fortaleza y esperanza. Tú has puesto toda tu confianza en María. ¡Ah! ¡mi querida Albina! Ella es la áncora de salvación, que salva de la borrasca nuestra agitada navecilla: y aunque soy un miserable pecador, puedo asegurarte que nunca he invocado en vano el dulcísimo nombre de María. Unamos, pues, nuestras oraciones: mañana y los ocho días siguientes ofreceré el incruento sacrificio en aquel altar que es el objeto de tu predilección, y pediré á la divina misericordia el fin de las desgracias con que ha querido afligir esta casa. Mañana, pues, hermana mía, mañana, sobrina mía... El Señor sea con vosotras.



CAPÍTULO XIV

La curación

El día siguiente Albina y su abuela estaban postradas ante el altar de Nuestra Señora de la Buena Esperanza, en el cual el obispo Justiniani se preparaba para celebrar el Santo Holocausto. ¡Cuál no fué el fervor con que aquellas santas mujeres se unieron á aquel sacrificio! ¡Con qué fe no invocaron al Todopoderoso; al bajar sobre los altares aquel Dios tan dulce y compasivo con los atribulados, que se digna llamarlos hermanos suyos y que puede, si quiere, dar la vida al moribundo y encender de nuevo la luz del entendimiento, cuando se oscurece! Ellas con sus oraciones recurrieron á María, dulce sostén de sus esperanzas, á los Santos, amigos de Dios, y sobre todo á aquellos sacerdotes y mártires con que su familia había enriquecido las mansiones celestiales: ellas se unieron á las fervientes súplicas de aquel anciano confesor de la fe, que sostenía el cáliz divino en aquellas manos santificadas con las buenas obras y recibía la adorable víctima en su corazón consumado por la caridad. Levantáronse tranquilas y casi alegres: y cuando Albina, de vuelta al palacio con el corazón palpitante, se acercó á su madre, observó con placer pero sin sorpresa, que sus miradas, más tranqui-

las y serenas de lo ordinario, se fijaban con ternura sobre la hija. Eleonor no hablaba y se contentaba con estrechar con afabilidad la mano de su hija.

—Virgen santa, dijo Albina aquella noche, yo no soy digna de vuestra protección. No obstante espero... sí, siempre espero.

Por espacio de siete días continuos el obispo y las piadosas señoras perseveraron en sus oraciones y en sus santos deseos, esperando siempre la llegada del momento elegido por el Señor. El día octavo, Albina se acercó al lecho, en el preciso momento en que su madre despertaba del sueño en medio de las flores, que eran su única delicia. De repente el corazón de la hija pareció que palpitaba dentro de su pecho: sintióse conmovida de respeto y á la vez de una viva emoción, porque su madre alzando los ojos llenos de dulzura, le dijo con voz natural:

—¿Querida hija, qué ha sucedido? ¿estaba yo tal vez enferma? me parece que hace mucho tiempo que no te he abrazado.

Entonces, acariciando con ternura á su Albina, la estrechó contra su seno.

—¿Por qué lloras, hija mía? replicó Eleonor. Estoy contentísima de volverte á ver: no lo dudes. Me parece que salgo de un profundo letargo. Todas mis reminiscencias se despiertan. ¿Me amas tanto y lloras? Tú sólo me tienes á mí sobre la tierra: yo he perdido mi esposo y tú eres huérfana de padre. Yo... veo... ¡ah! todo me viene á la memoria.

Albina, maravillada de aquel instantáneo cambio, se atrevió á hablarla así:

—Madre mía, verdad es que mi padre murió peleando por Cristo; pero también lo es que Dios os ha devuelto lo que tantas veces habíais deseado. Mirad, madre mía, observad en donde estamos: mirad aquellas armas, aquellos cuadros, reparad las paredes de este palacio...

Eleonor levantóse pálida y asombrada: volvió lentamente los ojos á su alrededor y por último alzando al cielo sus dos manos, y prorrumpiendo con una expresión de profunda gratitud, exclamó:

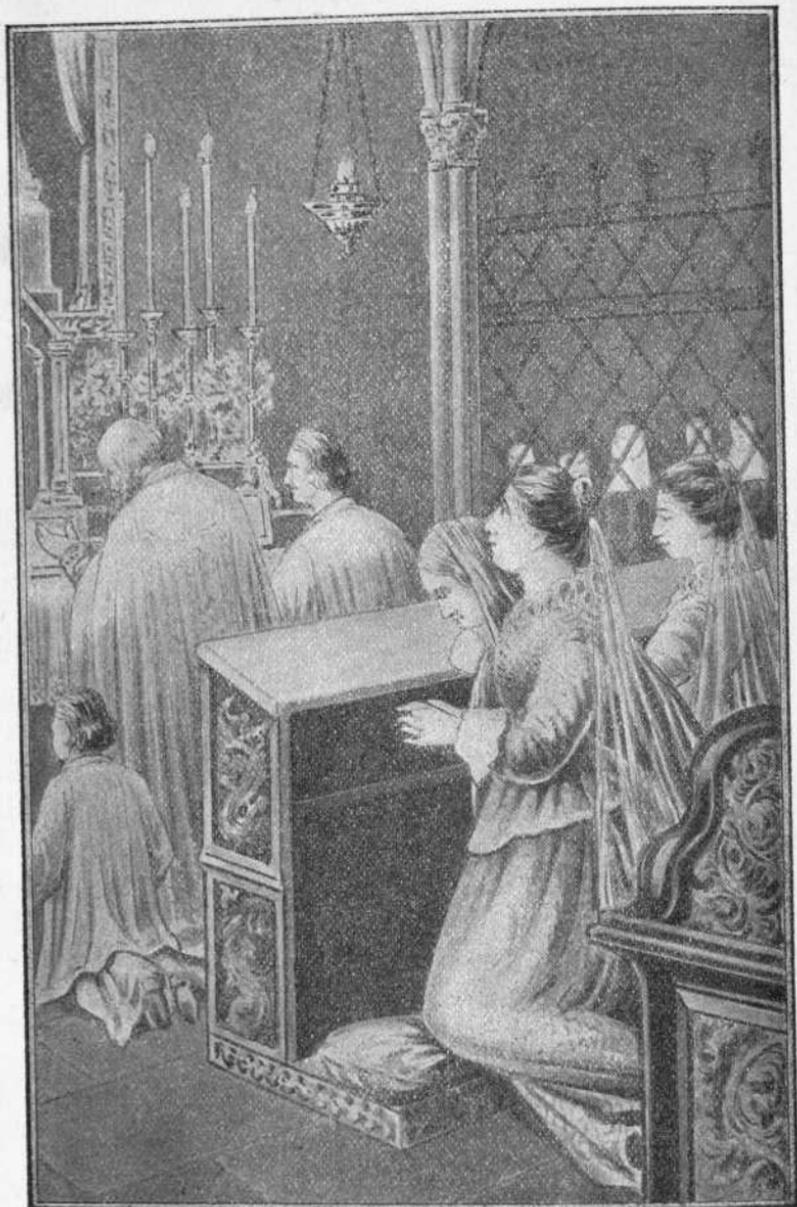
—No, no: yo no sueño. ¿Será, pues, cierto que estoy en el palacio de mis mayores? ¿conqué he encontrado á mi familia? ¡Oh buen Dios! esto... esto es demasiado: no merecía yo tanta dicha.

Albina corrió presurosa al aposento vecino donde se hallaba su abuela para oír al menos la voz de su hija. Tomóla de la mano y la acompañó á Eleonor que reconociendo la fisonomía de su madre, se arrojó en sus brazos, diciéndola conmovida:

—¡Ah! yo he vuelto á nacer.

La mañana siguiente las tres afortunadas mujeres se dirigieron juntas á visitar la capilla de Nuestra Señora de la Buena Esperanza, y llenas de un santo reconocimiento oyeron la misa que el ilustre obispo celebró con los ojos arrasados en lágrimas y recibieron la sagrada Eucaristía, acompañándolas aquellas buenas religiosas, que en otro tiempo habían sido las únicas amigas que habían consolado á Albina. La joven separándose de la devota concurrencia subió al altar y depositó á los pies de María una corona cuyas flores eran





....y llenas de un santo reconocimiento oyeron la misa....

otras tantas piedras preciosas. Sus súplicas habían sido oídas: y en todo el tiempo de su vida, que fué dichosa y duradera, ofreció á la Virgen con las coronas de flores las esperanzas de su juventud, las alegrías de su madura edad y los últimos días de su vejez.

CAPÍTULO XV

La muerte de un santo

Si los hechos admirables de Pío V en la célebre victoria de Lepanto hicieron ver en él al hombre de la Providencia, los muchos rasgos de virtud en los últimos días de su vida lo presentaron como Padre de su pueblo. Por esto no podemos menos de fijar otra vez nuestras miradas sobre aquel Papa, cuyos sucesos se relacionan tanto con los de la *huérfana*.

Después de la victoria de Lepanto, aquella grande alma de Pío V no cesó de atender á los intereses de la Cristiandad, ocupándose en prevenir los males que la venganza musulmana estaba probablemente preparando en secreto para vengarse de la derrota sufrida. Escribió al duque gobernador de la República de Génova sobre la necesidad que los príncipes cristianos tenían de no entregarse demasiado presto á los goces de la victoria; sino que debían permanecer estrictamente unidos para conjurar de nuevo el peligro común. Aun más: su

ojo de verdadero hombre de estado no se limitó á la Cristiandad: trazó un grandioso plan y puso mano á la obra sin tardanza.

Valióse del rey de Portugal D. Sebastián para enviar cartas á los príncipes infieles, á fin de que éstos también se coligasen contra el turco.

Dirigióse, entre otros, á los monarcas de la Arabia Feliz, Abisinia y Etiopía. Sabía muy bien que en tiempo de las persecuciones había cristianos en la historia de los Arabes, y en 1569 todavía se admiraba en Sannaa, capital de Yemen, una hermosa iglesia cristiana fundada por el rey de Arabia. Sabía que las vastas regiones de Abisinia y Etiopía habían recibido y conservado fielmente el cristianismo.

En efecto, la conversión de los Abisinios se remonta al siglo IV. Meropio de Tiro, movido por el resultado de los viajes de Metrodoro, que habían merecido la protección del gran Constantino, resolvió seguir sus pisadas y partió acompañado de sus dos nietos Frumencio y Edesio. Mas al llegar á un puerto del Mar Rojo, sus buques fueron sorprendidos por los moradores de aquel país, los cuales destruyeron todo cuanto cayó en sus manos. Unicamente se enternecieron á vista de la juventud y belleza de Frumencio y Edesio, contentándose con hacerlos prisioneros y conducirlos al Rey de Abisinia que entonces residía en Axum. Aquel Príncipe concibió por los dos jovencitos un tierno afecto y los distinguió con honrosos títulos. Durante la vida del Rey, éste les concedió su protección y al

morir les dió la libertad. Su hijo Abraha era de menor edad y la regente escogió á los blancos para educar al joven príncipe. Entonces fué cuando nació en el corazón de Frumencio una magnífica esperanza, la de convertir toda la Abisinia al cristianismo. Aprovechando, pues, toda la influencia que tenía en el ánimo del joven monarca, lo convirtió á la fe y le dió á gustar las doctrinas de la cruz. Mas un obstáculo descorazonó al joven apóstol de Abisinia. Frumencio no era sacerdote ni tenía aquellos conocimientos necesarios para poner en ejecución lo que deseaba.

Inspirado del cielo corre á san Atanasio, que ocupaba en aquellos días la sede de Alejandría, le manifiesta el objeto de su viaje y le suplica que no deje incompleta una obra empezada con tan feliz agüero. Después de algún tiempo, Frumencio, consagrado obispo de Axum por S. Atanasio, volvió á Abisinia para predicar el Evangelio, bautizó al Rey con los principales de la corte y convirtió una gran parte del pueblo. Cuando el arrianismo desgarró el cristianismo y arrojó al intrépido Atanasio de su sede, el obispo de Axum permaneció firme en la fe y no fué bastante para desterrarlo de su diócesis una carta escrita por el emperador Constancio á la corte de Etiopía. Verdad es que en 1268 la funesta influencia del patriarca de Alejandría hizo caer á estos príncipes en el cisma griego; pero no es menos cierto que en tiempo de Pío V reinaba allí David III, que había dirigido á Clemente VII una carta llena de sentimientos de adhesión.

Pío V, sumamente ocupado en reprimir á los filisteos de la nueva ley, no por esto se mostró menos fervoroso en el ejercicio de las virtudes cristianas, y después de la victoria de Lepanto redobló las obras de santidad.

Mientras Pío V favorecía de un modo tan señalado á sus súbditos y dirigía felizmente la empresa de abatir enteramente al Turco, cayó enfermo. Quiso Dios que se apagase en la tierra aquella luz que tantas tinieblas había disipado y que tanto espanto había infundido en los enemigos de la fe.

Pío V, sometiéndose en vano á los remedios ordinarios, se ocupaba de un modo especial en prepararse para la muerte. La vista del Crucifijo, que siempre tenía delante, le animaba á sufrir los dolores más agudos con un valor y una tranquilidad de espíritu que á todos llenaba de admiración. Cuando los ataques de su enfermedad redoblaban su violencia, oíasele suspirar delante del Redentor y decirle con ternura: «Señor, Señor, aumentad los dolores, pero aumentad también la paciencia».

Suspendiéronse las audiencias públicas y entonces pudo leerse en el rostro de todos el triste presentimiento de una inminente desgracia. Movidó del filial afecto que le profesaba el pueblo, quiso aun Pío V bendecirlo y la energía del espíritu venció la debilidad del cuerpo. El día de Pascua, pues, revestido de los ornamentos pontificales, se hizo llevar á la galería de San Pedro sobre la puerta principal, desde donde dió la bendición á la apiñada muchedumbre que, al saberlo, había acudido de todos los ángulos de la ciudad y de





....desde donde dió la bendición á la apiñada muchedumbre....

la Campiña. Parecía que Dios favorecía la ardiente caridad del Pontífice, pues la vida reapareció por un instante sobre el semblante del venerable anciano y su voz resonó magestuosa en medio del conmovedor silencio de aquel inmenso pueblo arrodillado en la plaza de San Pedro. Mas su amor les engañaba y los súbditos, que esperaban la conservación de tan preciosa vida, se le presentaron en gran número para manifestarle su viva satisfacción al verle ejercer su santo ministerio. Pero Pío V los interrumpió, diciendo: «Hijos míos, yo no tengo otros asuntos que tratar sino con Dios, y la cuenta, que voy á darle de cada una de mis acciones y palabras, exige que me ocupe de ella con el mayor cuidado».

No obstante, entrado en el séptimo año de su pontificado, quiso bendecir los *Agnus Dei* y despedirse de las Reliquias de los Santos á quienes esperaba contemplar dentro de poco en el cielo. El día 21 de Abril sostenido á brazos, visitó las siete Basílicas. Su aspecto era tan pálido y su cuerpo se hallaba tan abatido que á cada momento parecía iba á expirar. Habiéndolo encontrado Marco Antonio por el camino, quedó tan impresionado, que, puesto de rodillas, le pidió en nombre de la Iglesia, que permitiese lo condujesen luego á su palacio. El Santo Padre mirándolo con aquel aire de dulzura que engalana la sonrisa de los Santos, continuó hacia San Juan de Letrán. Aquí reiterando las instancias de que suspendiese las visitas, Pío V echando los ojos al cielo, exclamó: «Aquel Dios que lo hizo todo, cumplirá la obra».

De vuelta en el Vaticano, preguntaron por el Papa algunos católicos ingleses, que habían huído de la persecución de su reina Isabel. Pío V mandó que fuesen introducidos á su presencia, los colmó de atenciones, les preguntó por el estado de la Religión en su patria y les confió al cuidado del Cardenal Alessandrino, para que les socorriese en todo lo que necesitasen. Al salir estos, oyósele exclamar cruzándose de brazos: «Dios mío, vos sabéis que siempre he estado pronto á derramar mi sangre por la salvación de esta nación».

Finalmente, abatido de dolor, recibió los Santos Sacramentos, y el día 1.º de mayo de 1572 murió á la edad de 68 años, después de haber ocupado la cátedra de S. Pedro seis años, tres meses y 23 días.

Su pérdida fué llorada en todo el orbe católico, y Roma, en los cuatro días en que su cadáver estuvo expuesto en la Basílica de San Pedro, fué testimonio de una escena imponente. Fué tan grande el deseo de poseer alguna reliquia de tan santo Pontífice, que hubo necesidad de impedir el vivísimo entusiasmo.

He aquí como llora su muerte el Muratori: «fué llamado... por Dios el buen Pontífice Pío V para recibir en el cielo el premio de su santa vida y de tantas buenas obras á favor de la república cristiana. Sus abstinencias, oraciones y fatigas imponderables para el buen ejercicio del cargo pastoral y por la defensa del cristianismo, debilitaron su salud. Los males tomaron incremento en marzo, y el primero de mayo pasó á mejor vida, dejan-

do tras de sí un olor de tan rara santidad, que después de muchos años fué inscrito en el catálogo de los Beatos, y en nuestros días se ha celebrado su Canonización. Con su muerte, se cortó el hilo del progreso de las armas cristianas contra el enemigo común. En sus últimos años había empleado un gran tesoro para sostener la guerra santa y no le faltaron medios de reunir grandes cantidades para continuarla en el presente, de modo que después de su muerte se encontró en el Castillo de San Angel un millón y medio de escudos de oro destinado á aquel fin. De él puede decirse que tenía en su mano la mayor parte de los reyes y príncipes cristianos; y era tanta la veneración que todos profesaban á sus heroicas virtudes é infatigable celo por el bien de la Cristiandad, que por su medio podían muy bien esperarse mayores ventajas á la causa común».

CAPÍTULO XVI

Conclusión

No te cause admiración, cortés lector, si, al presentarte la relación de la *Huérfana*, hemos hecho muchas digresiones históricas. Esta tomó origen de la batalla de Lepanto y de esta hemos tomado la oportunidad de recordar las hazañas de aquel Pontífice al cual somos deudores de aquel insigne triunfo. Es un sagra-

do deber del escritor el presentar la historia en su verdadero aspecto, y en especial la que tiene relación con Roma y los Papas.

En medio de tantos medios empleados por los impíos, hay uno muy general y común, por ser muy fácil y acarrear más daños que los demás, y es la calumnia. Esta es el arma con que los paganos combatían el Cristianismo naciente y que de mano en mano fué empleada por los herejes que combatieron la Iglesia. Para disputar, por ejemplo, sobre el dogma se necesita algún estudio serio, mientras que para mentir sólo se necesita la maliciosa voluntad de asegurar como verdadero lo que es falso. Por otra parte esto acarrea un daño incalculable á la mayor parte de los lectores, á quienes parece imposible que un autor tenga el descaro de falsear los hechos de una manera tan solemne. Y no deja de ser realmente una gran tentación para el lector honrado y de íntegra conciencia, el leer en tales historiadores, que no dejan de hacer mil protestas de imparcial lealtad, hechos presentados como auténticos, por haber sido sacados de tal código venerando ó de tal otro escritor sincero.

No faltan tampoco algunos, que, si bien no calumnian, callan, empero, aquellos hechos que darían gloria y esplendor al Pontificado. Si jamás han faltado tales escritores, parece que en nuestros tiempos se han multiplicado extraordinariamente. He aquí, pues, por qué hemos juzgado como de necesidad que traten las glorias de los Papas todos aquellos que consagran su talento á la instrucción de los fieles y particularmente de la juventud. Nosotros

lo cumplimos hablando de Pío V, contra el cual se levantaron censores empuñando estas dos armas indicadas, á pesar de que en alguna historia no se haya dejado de ensalzar en globo su gobierno.

A la primera clase pertenece el célebre geneólogo de las familias italianas, que no vaciló en asegurar que S. Pío V declaró nulo el matrimonio de Giberto de Correggio con Claudia Rangone *por razón de parentesco*, aunque ésta se hallase *en el décimo grado*; cuando realmente Giberto y Claudia eran *primos de tercer grado*, como puede verse claramente en el árbol genealógico presentado por Tiraboschi sobre documentos auténticos.

A la segunda clase pertenece un insigne historiador, que ha alabado á Pío V por lo que no dijo, y ha omitido *con poca lealtad*, si se quiere dar crédito á lo que se lee en Catalani, el hablar «de la célebre Constitución en la cual prohíbe enfeudar las tierras y bienes de la Iglesia y conceder nuevamente en feudo aquellas que en lo venidero volviesen á la Iglesia: Constitución santísima y digna de ser preferida á la moderación del Nepotismo (de que tanto gusta el analista) y después confirmada y adicionada por los sucesores».

Felices nuestros lectores, si de estas últimas palabras que les dirigimos llegasen á persuadirse con cuánta cautela deben leer la historia y en especial en dar crédito á lo que refieren ciertos escritores *ilustrados* de nuestros días.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	7
Capítulo I. — La batalla	11
» II. — El mensaje	17
» III. — La viuda	20
» IV. — Albina.	30
» V. — La Virgen de la Esperanza	36
» VI. — Un paseo por el mar	41
» VII. — El retrato	48
» VIII. — El reconocimiento	54
» IX. — Los Justiniani.	58
» X. — Recompensas y honores	72
» XI. — El hombre de la Providencia	76
» XII. — El discípulo de Quejada	92
» XIII. — El Obispo de Scio	96
» XIV. — La curación.	112
» XV. — La muerte de un santo	117
» XVI. — Conclusión	125









